

Mi hermano hippie, por
Papelucho



Marc Lectulandia

Javier, el hermano mayor de Papelucho, volvió de vacaciones vestido de *hippie* y en la casa nadie puede aceptarlo: el papá se tira las mechas, la mamá se desmaya, la Domi se queda «putrefacta» y la Ji no para de reír. Papelucho no está muy convencido de que su hermano-cadete de marina sea el mismo de antes; sin embargo, luego de que este ha desaparecido para «vivir su verdad» se propone encontrarlo bajo tierra o en el espacio. La búsqueda de Javier le traerá nuevas aventuras y dificultades que, como siempre, Papelucho resolverá con ingenio y buen humor.

Marcela Paz

Papelucho, mi hermano hippie

Papelucho - 10

ePub r1.0

Titivillus 24-06-2024

Marcela Paz, 1991

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

1



—¡No puedo soportarlo!, —clamó el papá tirándose las mechas—. ¡Un hijo mío *hippie*...!, —y dio un puñete en la mesa. Tuvo que chuparse los dedos por el dolor y también por para enredar los garabatos que le arrancaba ese dolor.

Javier venía llegando de vacaciones con una pinta hartó inflamable. Traía el pelo largo y crespito, un cintillo a lo indio, pantalón verde con lagartijas blancas y en lugar de camisa, una cadena de lavatorio de la que colgaba una estrella de mar que se enredaba en unos pelos colorines que le habían salido en el pecho. En lugar de zapatos sus patas gordas y casposas se agrandaban silencios en el suelo y cada uña de los dedos del pie tenía pegado un caracol de algún color cataclíptico.

Al verlo entrar la Domi, quedó putrefacta. La mamá se desmayó y el papá se puso tan sulfuroso que no acababa nunca de pasearse, aletear y dar puñetes en los muebles con frases maquiavélicas.

Yo no me convencía bien de que era el mismo Javier —cadete de marina, hermano mío. Este me daba etiqueta, aunque a los otros les daba lo contrario.

Porque a la Ji le bajó una risa que no puro parar hasta que el pobre Javier se fue a encerrar al baño.

Esto pasó el domingo por la tarde.



El lunes nadie vio a Javier ni preguntó tampoco.

El martes ídem.

Y el miércoles se armó la crema...

—Que ¿dónde está este niño?

—Que algo le ha sucedido...

—¡Que dar aviso a la policía!

—¡Que hay que llamar a los amigos, a los tíos, a todo el mundo!

El papá partió a todas las casas conocidas y volvió acezando y con cara de otro. La mamá llegó a despintar el teléfono de tanto marcar números. A la Domi le dio por llorar y llorar y amontonar gente en la calle para contarles que Javier se había hecho humo... Esas cosas de la Domi, que hasta las jaquecas las arregla con humo.

La puerta de calle no se cerró jamás porque dale y dale con entrar gente y vecinos a preguntar o contar cosas.

—La cuñada de mi sobrina lo vio en el aeropuerto —decía una.

—Don Tito, de la botillería, dijo estaba haciendo una barricada.

—Mi tía jura que lo vio pasar volando espirituado —dijo otra.

Y las mellizas Achondo, que lo aman e verdad, instaladas aquí todo el día en la casa, llora y llora y sin poderlas echar...

Yo le hallaba la razón a Javier de irse, con ese recibimiento. Total no había hecho nada malo. Se había dejado crecer el pelo igual que yo me dejo crecer las orejas. El pelo de él es suyo y mis orejas son mías. Y cuando uno ha sido cadete tanto tiempo y obedecer y obedecer, le tienen que bajar ganas de hacer lo que se le antoja, aunque se le antoje usar caracoles en las uñas.

Pero ¿dónde estaría?

La casa parecía ascensor, llena de gente y sus tremendas ideas.

—Que búscalos en la morgue —decía doña Auristela.

—Que deben hacer secar el canal San Carlos —la tía Lala.

—Hoy día hay que buscar entre las cenizas. Se suicidan a lo bonzo —decía don Silvio.

Hasta que no aguanté más y me fui a la calle, para poder pensar.

Tenía una pila de ideas, pero igual que los teléfonos cruzados. Eran de que Javier partía furibundo hasta salirse de este mundo y que a lo peor lo habría secuestrado una de sus enamoradas...

Por fin, para pensar mejor, miré al cielo y me estrellé contra un tarro basurero. Fue uno de esos canillazos con calambre que a uno le llega al seso... Y se aclaró el asunto: perdido o secuestrado, desaparecido o pulverizado, ¡yo era quien lo iba a encontrar! Estaba decidido.

¿Qué tanto cuesta rastrear el mundo de tierra o el del agua, el subterráneo o el aéreo? En mis horas libres bien podía olfatear el universo y encontrar huella o pista.

¡Qué tremenda alegría les iba a dar a las Achondo, a la mamá, al papá, a los curiosos de mi calle al verlo aparecer! Seguramente me tomarían en andas y hasta me pasearían por la ciudad... No me caía tan bien el salir en tv y menos que me pusieran corona y trono o cosas por el estilo. Un buen apretón de manos, y alguna medalla de oro era bastante... Un almuerzo con empanadas, pavo, pollo y salchichas, harta mantequilla con pan y Coca-Cola y helados al paladar. Y si les da por premiarme, una bicicleta con motor sería chora...

Con tal que Javier no apareciera solo antes de que yo lo encontrara...

2

Para saber lo que hacen los desaparecidos es lógico tratar de desaparecer.

Así que apenas me encontré una de esas tapas de cemento que hay en las calles medio corridas a un lado, tapando algún hoyo misterioso, me metí paulatinamente en él.

Y a medida que iba desapareciendo de este pícaro mundo, iba viendo más lindo y más azul el cielo, más transparente el aire, más desconocido y chirimpoya el oscuro universo bajo tierra... Había un ruido de aguas profundas, de sapitos solitarios, de ranas hipodérmicas. Ninguna voz mandona o asustada; ni motores, ni afanes, ni inquietudes.

Mis pies tocaron una agüita helada, pero siguieron bajando hasta que la ídem me llegó a las rodillas. ¡Lástima no haber tenido equipo de hombre rana!, ¡así quizá habría podido llegar hasta el Japón!

La suave agüita subterránea me traía ideas acuosas y geniales.

Tan geniales que ya ni me acordaba del Javier. Así que seguía caminando en la dulce compañía de los gorgoritos con eco de ese mundo secreto. Hasta que de repente, refulgió sobre el agua una estrellita de luz con tiritones. A medida que avanzaba, más cositas y monos animados brillaban en el agua irrumpiendo preciosos con mi andar. De ellos salió de pronto un cometa como una flecha apuntando hacia arriba y una fuerza tremenda me arrolló las rodillas como si bajo el agua hubiera un gigante haciéndome zancadillas... Creo que me caí. El salto de agua me arrastraba iracundo llevándome consigo para ir a juntarse con algo como un río, lleno de luz y sol. El ruido de tanta agua me aturdía, su fuerza maquiavélica me hacía sentirme un fósforo rodante en esa capa inmensa, espesa, gorda como una cazuela. Ahí flotaban cáscaras, cajones, raíces palos, zapatos y demases. También un cajón frutero haciendo olitas y dándome puntazos a cada rato.

Sin pensar, lo pesqué y me trepé en él, pero me hundí hasta el cogote. Pasó un tablón amigo y lo abracé. Pero era tan relargo que se atascaba en los

lados hacíamos de taco a cada rato. Yo lo ayudaba a salir; no quería cortarle su carrera genial.



El agua se iba poniendo café y cada vez más espesa y con más olas. El asunto se parecía mucho a un tobogán aunque montado a caballo en un tablón. Elevarse y... caer cada vez más violentas las olitas.

De pronto me di cuenta de que algo como un culebrón me perseguía. Y empecé a hacerle el quite. Y otra vez y otra y otra, dale con perseguirme esa culebra maldita. Así que hundí la cabeza para escapar de ella. Era inútil...

La culebra era flaca, larga, larga, ondulante, como sin fin. Con la mirada la recorrí toda entera y vine a pillar su fin en las manos de un hombre que la disparaba como un lazo. Y seguí haciendo el quite. Era un juego y yo tenía que ganarlo.

Pero resulta que al revés, lo ganaron ellos. El cargante lazo se me metió por la cabeza y me apretó hasta los brazos. La tabla siguió su carrera, corriendo por el agua, pero sin mí. Y yo quedé colgado viendo pasar las cáscaras y demases que sacándome pica me machucaban.

Maniado no me quedaba otra que dejarlos hacer... Me elevaron por la orilla como si fuera un náufrago o un cordero con dueño...

Y entonces me aturdieron a preguntas, estupefacientes.

Yo los dejé contestarse solos y por fin me sacudí el agua como los perros, los salpiqué a todos y les dije:

—Yo me voy a mi casa y ustedes a la suya. Si quieren que les dé las gracias se las doy, pero fregaron mi aventura. ¡Chao!, —y partí muy rotundo.

Tal vez serían *scouts* haciendo su buena acción, pero estropearon todo lo que yo quería saber: lo que es ser desaparecido. Necesitaba saberlo para estudiar lo que siente Javier, mi hermano *hippie*. Otra vez me penaba, repercutivamente. Tenía que encontrarlo. ¡Pobre gallo!

Seguro que él, como yo, sentía hambre. La cuestión del estómago. Yo creo que a los *hippies* les da rabia ser esclavos del hambre. Si Javier se comía dos chorizos mientras yo apenas mordisqueaba uno, ¿qué haría ahora con sus tripas?

Las mías parecían orquesta de guitarras con arpas y un poquito de instrumentos de viento. Javier con su hambre de hipopótamo seguro que se comería el pelo...

Cuando llegué a la casa, ya estaba seca mi ropa y había en la cocina un pan quemado y algunos chicharrones. Nunca comí una cosa más rica en toda mi vida.

3

Y esa noche ni pude dormir. Soñaba en teletipo porque Javier se comunicaba conmigo vía satélite, y se entendía bien claro: estaba secuestrado.

—¿Para qué lo secuestran —decía yo— si nadie va a pagar por él ni cinco lucas por des-secuestrarlo?

Pero un hermano, por muy secuestrado que sea, es peor que un dolor de muelas. No hay aspirina que lo libre a uno. Porque si no lo ve encañonado y con mordaza, lo está viendo colgado de las mechas sobre una parrillada. Y no es fácil ayudarlo sin saber dónde está. ¡Y esa hambre de Javier que me retuerce las tripas!

Antes de irme al colegio, me pequé un trote donde el Chorizo Zamora. Y me costó despertarlo, porque el Chorizo duerme con Nerón, un perrazo del porte de un caballo que tiene su camita donde apenas hay hueco para el Chorizo. Di tres golpes y gruñó el Nerón, pero ni se asomó.

Una regia patada hizo temblar la casucha y despertó hasta el Chorizo. Nerón abrió su hocico inmenso, pero el Chorizo se lo cerró automático.

—Tengo que hablar contigo —resoplé secretoso.

—Yo te tengo advertió que no vengái a mi motel... —empezó rezongando. El Nerón nos miraba como esperando una orden del Chorizo para darme un mordisco.

—Oye —le dije— quiero pedirte ayuda para encontrar a Javier.

—¿Y cuándo se perdió ese tarao?

—Hoy hace cuatro días... Yo creo que es un secuestro.

—Yo no trabajo en secuestros —me dijo con desprecio—. ¡Na' que ver con esa gente!

—Creí que eras mi amigo. Si a ti se te perdiera alguien, te ayudaría a buscarlo.

—¡Claro! Porque sabís que no tengo nadie...

—Tú siempre estás hablando de la banda. ¿No puedo yo entrar también? Con una banda tan chora como la tuya, será fácil encontrarlo...

—Habría que hablar con el Soto —y se quedó pensativo. Luego se volvió donde el Nerón, le explicó que tenía que salir y cuando él se metió en su casucha, nos fuimos caminando.

—¿Está cerca el Soto?, —pregunté.

—A dos micros lo menos. Tú siempre con tus apuros...

—La cuestión del colegio —le expliqué.

—Ni pensar que alcancemos en la mañana. Juntémonos a la tarde...

Y al salir del colegio me encontré con el Chorizo en la plazuela.

Una micro, otra micro y después más calles desconocidas hasta llegar a unos cierros de tierra y una especie de túnel brujuriento.

—Tú me esperái aquí —y partió a buscar al Soto.

Pasó un rato y otro tremendo de largo. Pero al tercer rato me dio la tentación de entrar al túnel choriflai y caminé a su dentro como si yo fuera una hormiga tragada por un culebrón gigante. A medida que andaba se iba oscureciendo y tropezaba con peñascos y charcos. Quien sabe cuántos entierros de oro iba pisoteando sin verlos... Había voces susurrosas de animales subterráneos, goteras infernales muy heladas y silbidos de ultratumba. ¿Dónde estaría el fin? No divisaba luz... Mis zapatos se iban quedando pegados en el barro, y se ponían cada vez más pesados. Era muy distinto al agua chora en que anduve ayer y que me llevó a juntarse con un río o canal. Era un mundo diferente con otro olor y otro aire, algo nuevo para mí. Yo seguía avanzando para saber si aquello tendría o no algún fin.

Pero entonces sonó un chiflido inmenso, largo, duro y con bote que se fue dando tumbos, como trompeta de juicio final. No me dio susto. Era el chiflido amigo, muy conocido de mis orejas grandes: el llamado del Chorizo.

Me di vuelta ipso flatus y contesté el silbido con mis dedos metidos entre los dientes. Mi chiflazo retumbó en todo el túnel y salió con su exo alejándose de mí. Y yo corrí tras él porque se divisaba claridad. Al fondo había luz, justo donde él terminaba de sonar. Y bajo un arco redondo se recortaban las piruetas negras del Chorizo y el Soto y otro amigo.

Me estaban esperando.

Por correr tropecé y me caí en un charco. El barro me rellenó las narices y también las orejas. Pero el barro no duele, y pude seguir corriendo y goteando hasta llegar donde ellos.

—Soto dice que la banda quiere ayudarte —me dijo el Chorizo sin criticarme el barro—. Entremos a la guarida.



Era una cueva, a la entradita del túnel, a la izquierda. Había piedras-asiento para muchos, todas formando rueda, para las reuniones. Yo me sentí distinto, más capo, más hombre. Nos sentamos y Soto pasó revista.

—¡Cero!, —clamó con voz casi de insulto.

—¡Uno!, —gritó el Chorizo.

—¡Dos!, —dijo la voz áspera del Pitico.

—El tres y el cuatro no están. Tienen una peste —dijo el Chorizo.

—¿Crees que se morirán de eso?, —preguntó alguien.

—Casi. Tienen harta fiebre. En todo caso ni hablan ya...

—Bien —dijo el Soto—, quedan borrados para siempre de la banda. En vez de ellos probaremos a... ¿Cómo te llamas, matamosca?, —me dijo.

—Papelucho —dije—, y si creís que no sirvo, allá va la prueba... —Y le mandé un moquete que lo tiró sentado. El Soto se levantó despacio y me miró como si jamás me hubiera visto.

—Bien, te aceptamos Tu nombre ya no importa. Desde ahora eres tres y nada más. Y lo que pasa aquí o lo que se dice es secreto mortal. ¿Entendiste? Ahora explica tu caso...

—Yo tenía un hermano... de esos hermanos mayores de uno y que apenas hablaban con uno y...

—Acorta el cuento. ¿Qué pasó con tu hermano?

—Desapareció.

—¿Tienes alguna pista?

—Si la tuviera ya lo habría encontrado.

—No somos detectives —dijo el Dos.

—Tú te callas —la voz de Soto daba miedo—. Yo hablo.

—Yo no quiero detectives —dije—, quiero una banda que me ayude. ¿Banda de qué son ustedes?

—Banda de Avance —dijo el Soto.

—¿Avance?, —pregunté.

—Ir adelante. Avanzar por el mundo, por el mar, por el aire, por selvas o desiertos, montañas o ríos, aviones o cápsulas espaciales. Viajar y conocer. Na' que ver con desaparecidos.

—¿Han avanzado algo?

El Soto no contestó, pero meneó la cabeza. Se veía que el pobre estaba medio perpetuo.

—Si no tienen otra pega, podríamos encontrar a un desaparecido, mientras llega el avance...

—Claro. No perdemos nada —dijo el Soto—. ¿Tiene novia tu hermano?

—¡Dos!, —dije con orgullo.

—Entonces no sirve que una lo hubiera secuestrado. Lo encontraría la otra. ¿Cuándo lo viste por última vez?

—El domingo, cuando entró al baño y nunca más salió.

—¿Echaron la puerta abajo?

—¿Para qué? La dejó abierta...

—¿Dónde crees tú que podemos buscarlo? ¿Tienes algún plan?

El propio Soto me estaba pidiendo ideas. Todos querían ayudar pero ni se atrevían con el Soto —Cero—, capitán de la banda.

—No tengo plan —dije, ya que a mí me preguntaba—. Pero podemos planear juntos. Y formar un equipo con cuestiones como radar, detector, brújula, etc.

—Mi tío tiene un carretón —dijo el Pitico.

—Mi primo trabaja en una bomba bencinera —dijo el Soto.

—Un amigo mío sabe hacer tinta invisible —dijo el Chorizo.

—Entonces lo único que falta son ideas —dije yo—. ¿Por qué no nos juntamos aquí mañana y cada uno trae un plan para encontrar a Javier?

—¿Quién es Javier?, —preguntó el Pitico.

—¡Mi hermano desaparecido!, —dije furiondo.

—¡Se levanta la sesión!, —dijo el Soto, y se pararon todos. A la salida me atajó Cero y me dijo en secreto:

—Esta cuestión de aparecer a tu hermano, voy a dejar que la dirijas tú. Pero apenas lo encuentren, ¡yo vuelvo a ser jefe de la banda!

—¡Sí, Cero!, —contesté a lo milico juntando los talones, y lo dejé feliz.

4

Cuando llegué a mi casa no había nadie. La radio daba noticias a nadie y las ollas en la cocina tamborileaban sulfurosas su olor de cochayuyo y coliflor. Cuando la Domi sale de la casa la deja cuidando con esos olores y radio. Nadie se atreve a entrar, ni el más ladrón.

¿Dónde se habrían ido todos con su desesperación de no encontrar a Javier? Paseé por todos los cuartos de la casa y grité en cada uno para ver si había eco. Pero ni eso. Esta casa, cuando la gente sale, se les queda su espíritu y no se siente vacía. Es inútil; no tiene independencia. La única parte, es el cuarto de baño. Empezando porque es para estar solo y segundeando porque mientras uno está ahí es completamente propio y uno es su único dueño. Ahí escribo yo mi diario y ni me importa si me interrumpen o golpean apurándome. Por algo Javier entró al cuarto de baño y no se lo vio en jamás de los jamases...

Entré al inflamable baño sintiéndome Javier.

Quizá encontraría una salida secreta, alguna impresión vegetal, un rastro o una pista del *hippie* incomprendido... Me senté en el wáter y barrí con los ojos murallas, techo y suelo. El califont con sus saltaduras y sus fierros ancianos no servía tampoco de escapatoria. Las baldosas del piso siempre estuvieron sueltas y tuve la idea genial de levantarlas: una por una. Aunque no encontrara la salida secreta, me serviría para entretenerme armándolas otra vez... Hice un cerro, mejor dicho una torre de esas que se vienen abajo porque los ladrillos tienen cada uno su cototo, pero al caer, de no sé cuál de ellos se desprendió un papel. Era un papel de algún cuaderno mío, pero doblado como carta chica y con letra perfectamente anónima.

Decía: «No me busquen. No me encuentren. Piensen... ¿Por qué tenemos que vestir, peinarnos y fregarnos haciendo lo mismo que los antepasados? Yo vivo mi verdad. —Javier».

Había encontrado la clave. La pista que buscaba. Aunque ni entendiera mucho lo que él quería decir, ese papel era un mensaje del propio Javier.

Salí corriendo en busca del papá y me acordé que no estaba. Ni la mamá ni la Ji, ni siquiera la Domi. Era tremendo tener una noticia de último minuto y no encontrar a quién dársela... Afuera era la noche. Los autos corrían indiferentes y atrasados mientras el papel me quemaba las manos.

Ahí estaba yo como un autógrafo en la puerta de mi casa mientras el mensaje caliente se me iba enfriando entre las manos... Me tentaba correr donde los de la banda y contarles mi descubrimiento, pero ¿de qué servía si yo tenía que dirigir la pesquisa?

De pronto me acordé que el lujuriento papel estaba ahí desde el domingo, la tarde en que desapareció Javier y tenía más de tres días de fiambre. Entré en la casa y me senté a pensar... Y ahí me vino la idea. ¿Y si Javier hubiera vuelto ayer u hoy para dejar su papel? La casa estaba sola y bien podía entrar él o cualquiera...

Yo tenía que contestarme todas las preguntas que me venían.

Y hay que ver que es difícil contestarse solo. Uno llega a pensar que es subdesarrollado, pero se consuela de saber al menos que no es superdotado, porque eso sí que es verdaderamente cataclítico.

La cabeza se me enredaba sola. Hasta que decidí irme haciendo las preguntas y contestarlas por radio. Así que la apagué un momento e hice mi primera pregunta:

1.º ¿En qué momento dejó Javier su mensaje?

Encendí la radio y contestó perfectamente:

«Las ocho en toda la República». Y apagué la radio.

2.º ¿Este mensaje era secreto, o para mí o para cualquiera?

Volví a encender la radio y dijo:

«Para usted y los suyos Asociación de Ahorro y Préstamos». La radio iba contestando a la perfección. Volví a apagarla.

3.º Eso de que no quiere que lo busquen ¿es en serio? Y la prendí.

«Chubascos y precipitaciones». Cambié de onda y la radio dijo:

«El seleccionado» y se largó con el fútbol. Todas las ondas iguales. No servía. Me di cuenta que era malo el sistema. ¿Por qué inventará la gente aparatos molestosos? Si al menos inventaran una pastillita de sabiduría y así uno no tuviera que pensar, ni adivinar, ni estudiar... Y justo cuando la iba a inventar se abrió la puerta y entraron como un asalto los vecinos, la Domi, las mellizas Achondo, el papá, la mamá y por fin la Ji.

Venían radiantes, alborotados, refulgentes, hablando todos a un tiempo.

Yo guardé mi mensaje. Primero tenía que saber por qué eran felices.

—¡Papelucho!, —chilló la mamá—. Gran noticia. No hay que preocuparse más por la desaparición de Javier. Es típica...

—¿Típica?, —repetí sin entender mucho.

—Me lo dijo el psicólogo —explicó con cara cosmonáutica.

—¿Ese señor es adivino?, —pregunté.

—Casi, como si lo fuera. Conoce a fondo el problema de Javier.

Así que entonces no nos preocupamos más —y me senté en el sofá. ¡El sintético mensaje no servía para nada! Me dolían los huesos de quemao.

—¡Anda a hacer tus tareas!, —ordenó la mamá con ese modo que tiene cuando llegan visitas y que hace arder las orejas. Si supiera cómo le quita a uno las ganas de obedecerla. Por eso se hace uno el sordo. ¿A quién hay que darle gusto, a ella o a uno? Porque yo tenía cansancio del seso y todo el cuerpo, después de la reunión con la bando y tanto, tanto pensar... para nada.

La mano del papá me elevó de una oreja y el sofá se llenó de cuerpos coloniales y voces copuchentas. Ni hablaban de Javier. Puramente tonteras. Las Achondo le daban bola al papá mordeándose sus pelos largos feos.

Yo me fui a la cocina.

5

—¿Qué le pasa?, —me preguntó la Domi apagándole el gas al cochayuyo.

Yo la miré, paulatinamente, sin hablar.

—Algo le pasa que anda con esa cara... —dijo brujurienta.

—Oye —le dije—, si tú hubieras hecho mil empanadas y otras mil humitas bien sabrosas, pensando que ibas a hacer feliz a mil personas y resultas que las personas ni miran las empanadas ni prueban las mil humitas... ¿qué sentirías tú?



—Así que eso es lo que siente —dijo la Domi sacando la coliflor—. Yo le tengo un remedio... —Y abrió el tarro con letrero de porotos, sacó una botella de pilsener y me obligó a tomar.

—Ligerito se olvida de las mil empanadas —dijo sonriosa—. Lo menos dos traguitos para olvidar las humas...

Era bastante pésimo el traguito, pero la Domi tiene eso que siempre sabe mejorarlo a uno y hasta sabe darle otro gusto al cochayuyo y uno lo encuentra rico.

Después del segundo trago yo le mostré el mensaje a ver qué decía.

Lo leyó a trompezones, como lee ella y pensando en qué sé yo. Lo dobló y se lo metió al bolsillo.

—Yo se lo guardo —me dijo—. Total, el papel es suyo. Y Javierito no quiere que lo busquen y así cumple su encargo...

—Yo quería encontrarlo, y este papel es una super-pista, aunque ni se entienda. Pero, como están todos tan felices con lo que dijo el mago que fueron a ver...

La Domi se empinó los sobrados de mi pilsener y le brillaron los ojos.

—Ud. y yo sabemos guardar secretos. Pa' callao le diré que vengo de llevarle al Javierito un buen plato de chupe y de cazuela que le guardé del almuerzo... Hambre no pasa —dijo riéndose apasionadamente—. Él quiere que se preocupen, pero que lo dejen hacer con su pelo lo que se le da la gana. Quiere que entiendan que su pelito es propio y las uñas de los pies a la ídem.

—«Regio» —pensé—. A lo mejor Javier está durmiendo aquí en el patio y yo ando haciendo el loco hablándole a la banda que desapareció.

Y junto con pensar esto, se comenzó a dar vueltas la cocina. Corrían los muebles en redondela y la Domi también, como un trompito a mi redor. Tanto corría la Domi que me vino revoltura de estómago. Porque se ve que la famosa pilsener estaba envenenada.

La Domi se había puesto estérica de risa cuando por fin yo me mejoré un poco, sacó de su bolsillo un montón de papeles.

—Pa' que vea —me dijo—. Toditos son mensajes del Javierito. Me los trae secretos, y yo cumplo sus encargos poco a poco —y vamos riéndose.

Total, a cada rato me iba cayendo peor el secuestro de Javier.

Era una gran pitanza, y el más pitado era yo. ¡La media burla que iban a hacer de mí los de la banda! Sentía que me iban creciendo las orejas de la tremenda rabia que tenía...

Decidí que desaparecido o no desaparecido el Javier, yo iba a hacer como si estuviera perdido para los de la banda. Iba a llevar hartas pistas raras y a

buscarlo con ellos hasta en el cementerio...

Lo que pasaba es que yo estaba enrabiado y casi endemoniado. Y tuve la tentación de robarle a la Domi sus famosos mensajes. Quería romperlos para no dejar pista.

De un manotón se los saqué del bolsillo. Pero antes de romperlos me dio la tentación de leerlos un poquito...

Salí al patio y los fui desarrugando uno a uno. ¡Eran puras tareas de la Ji! Palotes y demases, huevos chuecos y rayas. De Javier, el puro mensaje mío. Todo lo que me había contado la Domi era un montón de mentiras.

Yo me había salvado. Pero el pobre Javier seguía desaparecido.

6

Hay veces que uno tiene revoltura de estómago, y entonces hay dos alternativas: o se vomita o se friega. Lo bueno es vomitar y se acabó...

Pero cuando la revoltura es dentro de la cabeza de uno, o sea de lo que piensa y contra piensa, no es fácil el remedio.

Mi felicidad de que los de la banda no me hicieran burla, se iba destiñendo mientras se me agrandaba la congoja del hermano perdido. Aunque cuando está en casa ni lo quiero, ahora que se perdió me doy cuenta de que un hermano es un poco propio. El cuento de la mamá y su mago típico, ya no me convencía. La Domi es mentirosa y la mamá es despistada. Un perdido entre mujeres no se encuentra jamás. Yo, con mi mensaje en mano, tenía la obligación de hallar la pista para encontrar a Javier. Y los de la banda tendrían que obedecer mis órdenes. Para eso había que hacer un «plan»...

Busqué mi lápiz y me fui al baño para estar tranquilo. Ahí había bastante papel. Lo malo fue que me encontré con la torre de ladrillos y comencé a armarlos en el suelo ante de que llegara alguien a retarme. Era raro. Ningún ladrillo enchufaba en su propio hoyo. Todos quedaban sueltos y bailones y lo peor, los quebrados que no se juntaban nunca con sus pedazos.

Me apuraba. Las voces de las visitas empezaban los adioses. Claro que los adioses son siempre más largos que las visitas mismas, así que corrí donde la Domi y le pedí que me hiciera una olla inmensa de engrudo.

Al poquito rato estaba lista, con ese olor tan rico que dan ganas de comerlo. Para no demorarme ordenando de nuevo los ladrillos, eché el engrudo encima y lo fui peinando con la mano. Se veía el suelo suave y brillante, y de algún modo, cuando estuviera seco, se afirmarían las horribles baldosas viejas.

El engrudo estaba a punto porque se me pegaron las rodillas y también los zapatos que costó despegarlos.

Por fin terminé y me instalé a hacer mi plan. El olor del engrudo no me dejaba tranquilo; el lápiz se me pegaba en los dedos y el papel en las manos.

Pero seguía ensayando. Y cuando por fin había decidido que las cosas perdidas están siempre a la vista, golpearon a la puerta. Era la Ji.

—Oye —me dijo—. Alguien va a venir al baño. Yo sentí sonar tripas.

De un brinco me paré de mi asiento, pero la tapa vieja se me había pegado al pantalón. Por arrancármela se le salieron los pelos al género y el asiento quedó como piel de perro con arestín. No había tiempo para hacerle tratamiento, así que salí patinando por el pegajoso suelo.

Y me crucé en la puerta con la Rosario Achondo, pálida y congojosa. Yo sé que es la que ama más a Javier, pero por suerte es de esa gente que no habla, de miedo a decir leseras. Viera lo que viera en el cuarto de baño, no diría ni pío.

Ya que cuesta tanto pensar en un lugar solitario, a lo mejor cuesta menos en medio de harta gente. Por eso me fui al *living* y me senté en el suelo entre la muchedumbre de piernas. Sabía que ahí me iba a venir la inspiración. Así que esperé.

Y de repente ¡tac!, sonó algo en mi cabeza y una chispita me cerró los ojos. ¡Javier estaba en órbita! Era lógico: si no estaba en la tierra ni debajo, si no estaba en el agua, no le quedaba otra parte donde estar: era el espacio.

Iría donde la banda con mi idea y mi plan. Me chirriaba en el seso igual que una salchicha en la sartén caliente.

De un brinco me fui a acostar para soñar tranquilo el plan busqueoso y llevarlo temprano donde los de la banda y me dormí pensando que el modo más seguro de encontrarlo era rastreando satélites.

Me levanté muy temprano esta mañana. Todo el mundo dormía, hasta la Domi y comí los raspados de las ollas que ella, por suerte, no lava. Y preferí peinarme de memoria para no entrar al baño con su fatalidad. Total, si uno se olvida de un desastre, ese desastre no pena. Y lo olvidé en el camino a casa del Chorizo.

Frente a la regia reja de don Rubén había un autopatrulla y un montón de curiosos. Me abrí paso y vi que el Nerón estaba solo en su motel y amarrado con cadena. Del Chorizo ni luces...

—¿Qué pasó?, —le pregunté al lechero que sujetaba su torre de botellas.

—Entraron a robar —dijo con voz turbia.

Miré al Nerón y pensé en el Chorizo... Con tal que no le echaran la culpa a él. Aunque en realidad era el Nerón el encargado de cuidar el palacete. Pero se hacía el tonto.

—¿Pillaron al ladrón?, —pregunté casi en secreto.

—¿Tai loco? Era un camión y partió antes que aclarara.

Menos mal que el robo era grandote y no podían echarle la culpa al Chori...

Corriendo fui a tomar micro para llegar donde el Soto, avisarle que el Chorizo tuvo que desaparecer y decirle que citara a reunión a la banda para arreglar el asunto del rastreo de satélites.

El Soto cuida una ramada de sandías y les estaba sacando brillo una por una sentándose encima restregándose.

—Oye —le dije—, se entraron a robar al motel del Chorizo...

Me pateó en la canilla y miró a todos lados haciéndome callar. Después me llevó a un rincón donde había un cerro de basuras y papeles. De entre medio salió la cara del Chori untada de tierra y lágrimas.

—No tenís por qué asustarte —le dije paternalmente—. Nadie sospecha de ti. Andan buscando un camión con huellas y todo...

—Sí —moqueó nauseabundo—, pero la fatalidad es que se me quedó un zapato en el motel... En la pelotera de arrancar se me enredó en la cadena del Nerón. Si largan al Nerón sobre mi pista, me encuentra de todos modos —y vamos llorando.

—Oye —le dije—, yo puedo ir a rescatar tu zapato...

—Si no lo quiero... Lo que pasa es que voy a tener que pasar la vida escondido para que el Nerón no me encuentre.

Y tenía razón. Un perro encuentra a su dueño aunque esté muerto y enterrado bajo una cordillera. ¡Pobre Chorizo!

—Oye —le dije—, podemos cambiar de ropa...

—Igual te pillan a ti con ella por mi olor...

—Te podrías bañar con hartos jabón y ponerte ropa mía en mi casa.

Enterramos el otro zapato del Chori en el cerro de basuras y lo tapamos bien con cebollas podridas. Después nos restregamos cebolla en todo el cuerpo y nos fuimos caminando por calles desconocidas para enredar la pista y confundir al Nerón con su genial olfato.

7

Resulta que se me había salido de la cabeza que tenía colegio, igual que siempre. Con las preocupaciones y problemas que uno tiene, el cerebro hace cortocircuito y la corriente funciona electrónicamente mal. Y estábamos en lo mejorcito vistiendo al Chorizo y echándole colonia para que oliera a pije, cuando me acordé...

—¡A las seis nos juntamos donde el Soto! Tengo colegio... —Patiné.

—¿Sabís llegar solo a la cueva? Fijo que no dai nunca. Te espero a la salida de tu colegio —me gritó el Chorizo, corriendo detrás.

Pero más vale que no me hubiera acordado. La clase acababa de entrar a la segunda hora y habían pasado lista hace mucho rato...

Creí que andaba con suerte, porque la puerta de atrás de la clase estaba abierta, y como me siento en el último asiento... Pero no. La señorita Silvia estaba en esos días vitalicios en que no deja pasar nada: todo lo ve.

—Papelucho, tu justificativo por llegar a la segunda hora...

—No lo tengo, señorita Silvia.

—Tu castigo lo hablaremos antes de que salgas.

Tocaba matemática y aunque mi cortocircuito cerebral no me dejaba hacer ningún cálculo, me funcionaba perfecto la computadora electrónica del ídem. El resultado de cada tarea exacto o casi. Yo estaba en esos días en que uno recibe comunicaciones del exterior.

Al final de la clase, cuando salieron todos, me acerqué para recibir mi castigo, y dialogar, como dicen ahora.

—¿Por qué llegaste tarde, Papelucho? Siempre llegas a tiempo. ¿Qué pasó?

—Me levanté demasiado temprano a ver a un amigo. Tenía un feroz problema de esos que borra todo en la vida de uno y usted sabe que el amigo es lo primero y dar la vida por sus amigos lo dice el Evangelio y este amigo yo tenía que sacarlo adelante y quedó atrás el colegio por sacar adelante el amigo porque se me olvidó todo menos el amigo y lo saqué adelante.

—Cinco páginas —dijo alargándome el libro, con la misma cara que si me diera el vuelto de un helado.

Partí en primera y en la esquina me topé con el Chorizo. Nos fuimos caminando hasta la micro y conversando y conversando el viaje se hizo corto.

Llegamos donde las sandías del Soto que nos convidó una quebrada, pero rica.

—Traigo una pista —le dije al Soto, cuando pude respirar del jugo de la sandía. Me sequé las manos en la polera y leí el mensaje de Javier. Pero no le dio bola y lo despreció.

—¡Traigo un plan!, —dije entonces. El Soto estaba en esos días que nada le importa nada.

—¿Cuál es tu plan?, —me preguntó haciéndome sentir que mi plan era malo antes de conocerlo. Así que traté de chorificarlo.

—Yo he buscado a Javier en la tierra y el agua... ¡falta el espacio! Hay un modo de hacerlo: ir al Tololo donde rastrean satélites...

Al Soto se le rio la boca por la esquina, pero una chispita le brilló en sus ojos.

—Sigue —dijo.

—Si la banda de ustedes es de Avance, aquí podrían partir en el Tololo. Creo que les conviene, aunque lo de Javier no le interesa a nadie más que a mí...

—Sigue —dijo otra vez el Soto, pero ahora la boca le sonreía de los dos lados.

—Para ir al Tololo, le pedirás el carretón a tu tío, llevaríamos bencina del servicentro y la recetad e la tinta invisible. A estos gallos que cuidan el Tololo les puede interesar esa receta. La bencina la llevamos para ir vendiéndola a los autos *en panne*, que la pagan muy bien...

El Soto quedó pensaroso para siempre.

—Yo te dije que dirigieras tú la cuestión de encontrar a tu hermano. Ahora querís que mande yo lo que tú no te atrevís a mandar. El Chaolín eres tú —dijo.



Por el canal I se me subió la pólvora hasta las mismas orejas y se me empuñetaron los dedos con el insulto. Tuve que hundírmelos hasta adentro en los bolsillos del pantalón para atajar los moquetes, y ponerme majestuoso.

—¡Vais a ver si soy capo!, —clamé a lo Prat—. ¿Quién me sigue?

—¡A la orden!, —dijo automático el Chorizo. El Soto refunfuñó lo que ni se entendía. Yo lo miré perpetuo hasta que juntó sus talones.

—Lo primero es conseguir la carretela del tío del Pitico —le ordené al Chorizo—. Y tú, Soto, le pides a tu primo dos tarros con bencina y la receta de la tinta invisible.

—¿Y tú que haces mientras tanto?, —preguntó.

No contesté su pregunta envidiosa y seguí dando órdenes.

—Tenemos que encontrarnos aquí apenas sale el colegio, porque el viaje es largo...

—¿Conoces el camino?, —el Soto quería confundirme y molestarme, pero un capitán de banda no se rasca cuando le pica una pulga.

—La cosa es llegar al Tololo antes que las estrellas. Después cierran la puerta —me carrileé.

—¿Y si falla el carretón?, —preguntó el Chorizo.

—Podemos hacer dedo —contesté.

—¿Y si no dejan entrar?, —siguió fregando el Soto.

—Yo tengo pensadas ocho maneras de entrar —me carrilée de nuevo—, y si te parecen pocas pienso diez más. De entrar, entramos. De eso me encargo yo.

Por fin quedó callado el Soto. Entonces dije impotente:

—¿Estará listo el carretón a la hora, la bencina, los tarros y receta?

—¡Listos!, —dijo el Chorizo y quedó paralelo hasta que le ordené.

—¡Descansa!

8

Después que me habían nombrado capitán para encontrar a Javier, me dio por desvelarme pensando si resultaría o no la cuestión del rastreo por satélite. La llegada al Tololo no era ningún problema, pero el asunto cápsulas, *hippies* volando, anzuelos para pillarlos y todos los aparatos espaciales que habría que manejar me confundía un poco. Se me armaba un enredo en la cabeza y aunque la zambullera en agua, el enredo seguía...

En todo caso el asunto iba a durar toda la noche. No era fácil descubrir un *hippie* peludo en medio del espacio que está lleno de gente de ese tipo.

Y entonces me acordé de la mamá. Lo primero que haría, al echarme de menos, sería registrar mis cosas para averiguar dónde estaba yo. Lo segundo desesperarse y creerse la madre más desgraciada con dos hijos desaparecidos, aunque fuera por unas pocas horas. Y entonces empecé por arreglar mis cuadernos, fierros científicos y demases mientras pensaba en la carta que iba a dejarle para tranquilizarla. Me acuerdo que era bien chora y mejor que cualquier pastilla.

Lo malo es que me bajó sueño de un repente, algo como un ataque, y me quedé dormido debajo del catre con todas las cuestiones que iba a esconder porque son más privadas. Y ni alcancé a escribir la carta...

Fue el Chorizo el que me sacó de un tirón de debajo del catre.

—Oye —me dijo—, por si fallaba lo del carretón anoche hice ensayo con el dedo, y resultó.

—¿Y dónde te llevaron?

—A la comisaría, porque chocamos...

—¿Y ahí dormiste?

—No, aquí en tu casa. Cuando venía a contarte, me encontré con la Domi que salía a hacer una diligencia y me prestó su cama. Llegó reciencito...

Sin desayuno y con las manos pegoteadas de aceite, me fui andando al colegio con el Chorizo. Llegué al pelo cuando tocaban la campana y ahí empezó el atropello de los atrasados con sus bolsones chorreando libros y sus

zancadillas de siempre. Yo iba quedando el último, pero alcancé a gritarle al Chori: «¡El carretón a las seis!» y caí rodando por el suelo en esa grada picuda y maquiavélica.

Entre el cototo palpitante de mi canilla, el miedo a las tallas que me echaría el Soto si fallaba el rastreo del Javier y las caras lloronas que iba a poner la mamá porque yo no llegaba, me iba poniendo pesimista.

Y la srta. Silvia me pilló justo cuando más me penaba la mamá.

—¿Qué pasa, Papelucho? ¿Estás llorando o tienes romadizo?

—No es romadizo —dije sorbiendo a chorro—, es congoja de otro.

—¿Algo pasa en tu casa?

—Va a pasar...

—Quizá puedas evitarlo... —me tentó. Pero yo como capitán tenía que cumplirle a la Banda de Avance y aguantarme la pena de una mamá que no recibe la carta que el hijo le quería escribir.

Al salir de la clase, se me acercó cariñosa otra vez la srta. Silvia. Me puso la mano en el hombro y me llevó a un lado.

—No voy a ponerte mala nota porque veo que tienes una preocupación.

—Ya sé que me va a decir que se la cuente y que puede ayudarme —la atajé y sorbí tan fuerte que me tragué una mosca.

—Exactamente —dijo con ojos de ovnis—. Una preocupación en un niño a tu edad significa madurez. Tú estás madurando...

—¡Eso jamás!, —me defendí—. ¿Qué quiere decir madurez?

—Quiere decir que tú ya tienes alguna experiencia y sabes que si haces una cosa puede seguramente suceder algo peor, entonces...

—¡Me carga la experiencia!, —la interrumpí, y me quité su mano. Me miró de hipo en hipo. Quiso hablar y se quedó paralela. Yo seguí mi camino, con esa cuestión revuelta de querer y no querer la cosa. Igual que cuando era chico y me ofrecían caramelos y yo decía que no, ni sé por qué. Igual ahora; a uno ni le gusta que le quiten su problema propio y lo protejan y tampoco le gusta ser como es. Porque a veces se siente de otra serie, por eso de que la mamá de uno es de esa serie antigua y violentosa y uno tiene que serle fiel.

Así, y todavía revuelto, llegué donde el Soto y el Chorizo y al divisar la carretera con su peludo y embarrado caballo, se me alegró la vida. El Chorizo le estaba dando agua y el Soto sujetaba la rienda. El caballo sorbía con tremenda potencia, parecía estar en el secreto del largo viaje que haríamos con él. De un ru le tomé un cariño como si hubiera sido mío desde potrillo. Y me daba un tilimbre de alegría al encontrarme con él después de tanto tiempo...

Le tiré agua en sus regias pezuñas para darles dureza en el rotundo viaje, le di azúcar, de esa que siempre me echa la Domi en el bolsillo y le besé la nariz para que me conociera para siempre.

Nos trepamos en el carretoncito con el Chorizo y el Soto, que no aflojaba la rienda aunque era un puro cordel. Atrás había un montón de sandías, dos tarros con bencina y un farol hecho de vela en un cartucho de plástico, para cuando llegara la noche.

—Estos gallos de la banda son verdaderos choros —pensé—. Yo ni me había acordado de la cuestión del hambre en el camino...

Me chorreaban los jugos por probar las sandías, así que apenas me acomodé en el carretón, propuse:

—Tai loco —dijo el Soto—. Son pa' venderlas. Si sobra una, comemos.

Y partimos.

El Violeta —así se llamaba el capo caballo—, tenía un trote pesado y majestuoso que remecía el carretón como un columpio enano, o sea, para adelante y atrás casi a un tiempo. Por suerte, cada vez que encontrábamos a alguien en el camino, frenábamos para ofrecerle sandías. Por fin un gallo se tentó y pidió una.

—¡Tres lucas!, —dijo el Soto pasándosela.

—¿Son regadas con petróleo?, —preguntó el muy tarado—. ¡Apesta a bencina! No la quiero... —dijo tirándola al carretón. La pobre se partió en tres...

Para que no se perdiera, la mordimos, cada uno su pedazo. Pero resultó «Vaivén», o sea que apenas nos entró en la boca ¡afuera! Y quedamos con flato de servicentro para toda la vida... El gallo tenía razón. La bencina se había derramado en las sandías y los tarros rodaban igual que ellas, al compás del trote del Violeta.

En todo caso nos sirvió para quitar el hambre. Pero el Soto, picado con el Violeta, comenzó a huasquearlo para alargarle el trote. Yo me enfurié.

—¿Querís saber lo que duele un huascazo?, —le pregunté quitándole la huasca. El Soto se me vino encima a quitármela. Rodamos entre sandías, tarros, bencina y patadas, hasta que sentimos que el carretón se había puesto suave y veloz... El Violeta corría sin rienda cerro abajo y los cordeles le pegaban en las patas dándole latigazos.

De pronto un feroz brinco, un sacudón y yo salté adelante. Fui a caer en el cogote del Violeta, un poco chueco, sí, pero agarrado a sus crines. Logré montarme bien. Corríamos y yo me sentía jinete «entrando», muy feliz. Entonces se me ocurrió mirar atrás para ver a los otros...

¡Nada de carretón! ¡Nada de la banda!

Allá lejos se divisaba algo raro. Contra una inmensa piedra estaba tumbado sin rueda el carretón... Las sandías rodaban por el camino y el Soto y el Chorizo corrían carrera tratando de pillar la rueda que casi volaba cerro abajo detrás del Violeta.

Por fin la rueda dio un salto al estrellarse a la roca del costado del cerro, y ahí quedó tirada. El Soto y el Chorizo se sentaron en ella a descansar.

Mientras tanto yo, sin rienda, casi volaba en la feroz carrera.

Entonces me acordé de una aventura del Zuñiga, el de la tía Rosarito y sin pensar más, le copié la idea. Me saqué la chaqueta y se la tiré encima de la cabeza al Violeta, para dejarlo ciego. Dio un corcovo y paró en seco, ahí quedó plantado. Claro que con el corcovo yo fui a dar lejos, pero alcancé a pararme, a desenredar un pedazo de cordel y tirárselo al cuello... El Violeta se entregó manso a mi rienda y volvimos tranquilos donde el Soto, la rueda y por fin el carretón.



Unos camioneros nos ayudaron a poner la rueda y nos prestaron cordeles para rienda. La rueda iba bien coja, así que mejor nos volvimos. Total, para buscar a Javier, no valía la pena fregar un carretón.

9

Yo trataba de consolarme consolando al Chorizo:

—Siempre falla al principio lo que va a resultar después —le decía—. Total una ida al Tololo ¡qué importa! Si vamos a estudiar para astronautas el camino va a ser como ir al colegio, todos los días...

Y así hablando y hablando llegamos a la casa cuando ya era de noche.

—¡Chao!, —me dijo en la puerta y se le alargó la nariz al Chori. Ahí me cayó la teja...

—¿Dónde vas a dormir?, —le pregunté—. No puedes volver al motel del Nerón por lo del robo.

—Reciencito me empecé a acordar —dijo sorbiendo a todo riñón.

—Te convido a alojar. La mamá es buena gente a veces.

Y entramos. La mamá había salido así que no había problema de lágrimas y nervios ni de hijos perdidos. La Domi nos recibió con sus manos llenas de sangre. Le estaba operando la cabeza a un cordero asesinado y picaba los sesos, los cachetes, narices y lengua para hacer una sopa. Algo completamente atroz, que revolvía las tripas de uno.

—Al patrón le encanta la sopa de cabeza —dijo saboreándose—, y como tiene invitado a don Rude esta noche, la encargó muy sabrosa...

—Don Rude puede servirse mi plato —le dije—, pero a nosotros nos das otra cosita. Tenemos mucho sueño. Dile a la mamá que me acosté por eso.

Y nos comimos las sobras del almuerzo. De ahí nos fuimos a mi cuarto, nos desvestimos a medias y nos metimos en la cama.

—La cuestión es que uno duerma con la cabeza tapada hasta que aguante —le expliqué al Chorizo—, y cuando no aguante más, se tapa el otro y así respira el uno. Porque si la mamá entra al cuarto y ve dos cabezas, puede parecerle raro.

Y así lo hicimos, un rato respiraba el Chori y me ahogaba yo y viceversa, pero podíamos seguir conversando el plan de Javier. Y estábamos en lo mejor, inventando una especie de teletipo que recibe mensajes de ausentes,

cuando se abrió la puerta y apareció la mamá. Y justo le tocaba respirar al Chorizo cuando ella preguntó:

—¿Tienes pesadilla, Papelucho? Estás hablando dormido...

El Chori se sumergió en la almohada y contesté yo desde el fondo:

—Siete por siete más tres por setenta y dos —modulé enredado y ronqué con violencia, hasta que la mamá y sus brujurientos zapatos se hundieron en lontananza. Cuando levanté mi cabeza y respiré, el Chorizo se había dormido, con su cabeza encima de mi brazo que ídem. Se le caía la baba y pateaba a control remoto creyéndome el Nerón. Lo pesqué de las mechas y le puse su cabezota de tractor en la esquina, a ver si me dejaba un hueco en la cama. Total peleábamos por el huevo hasta dormidos y despertamos en el suelo sin sentir el costalazo.

Lo raro fue que al ponerme el calcetín, descubrí entre los dedos del pie derecho mío un papelito. Ni lo había sentido porque tenía helado todo el aparato de locomoción propia. Lo desenrolle científicamente y vi que estaba escrito. Era un mensaje y decía:

«Tráeme cinco lucas, pan, jamón, queso y paltas. Déjalo bajo el tarro de basura esta noche. Y ¡ay de ti! Si no sabes guardarme el secreto».

No tenía firma, pero ahí comprendí que Javier no había partido en cápsula todavía. En todo caso ¿cómo se las arregló para dejarme el mensaje?

—¿Qué te pasa?, —me preguntó el Chorizo que no daba en bola con los cordones de los zapatos ex míos.

Cuando no se puede contestar, yo no contesto.

—¿Qué decía el papelito que te sacaste del pie?, —preguntó entonces.

—Decía que tú ni sabes abrocharte un zapato... —Y se los amarré tan firmes como para toda la vida. El Chorizo me miró con ojos de cueca. No sé si por los nudos que le eché a los cordones o porque no quise decirle lo del mensaje. Desde ese momento se volvió raro. Quería irse, y lo único que quería era irse.

—Espérame que voy a traerte desayuno —le dije y fui a la cocina. Sería muy temprano porque no había nadie en ninguna parte. Pero en un cartucho encontré paltas, jamón y queso. Justo lo que necesitaba para el hermano colérico con hambre.

Eran tres paltas; saqué dos y dejé una. Partí el queso y el jamón y dejé las mitades chicas. Solo faltaban el pan y las cinco lucas. De aquí a la noche podría encontrarlas para cumplir el encargo del mensaje. Lo importante era poder guardar lo que tenía y dale con pensar que esconderlo aquí o ahí y siempre viendo las manos intrusas de la Domi hurgueteando... Total que por

fin decidí guardarlo yo. Me eché a los bolsillos todo y con una botella de leche me fui donde el Chorizo.

Seguía sin hablar y con sus ojos de cueva. Pero se zampó casi toda la botella y apenas me dejó el concho.

—¿El pan es puramente pa' ti?, —me preguntó mostrando mis bolsillos gordos.

—No encontré pan —le dije—. Hoy toca comprar fresco, y es temprano.

Los ojos se le pusieron más de cueva, pero cueva con relámpagos.

—¿Qué escondís en tus bolsillos?, —preguntó al fin.

—Oye —le contesté—. Si lo escondo es porque es secreto. Y no es pan.

Recogí mi bolsón y saltamos por la ventana para que la copuchenta de la Domi no nos abriera con su famosa llave. La calle parecía película subdesarrollada, sin olor ni color ni ruido. A lo peor estaba amaneciendo y lo que yo quería es que fuera luego la noche para dejarle el paquete al tarao de Javier.

Menos mal que al Chorizo se le había pasado la rabia. Chiflaba mirando a todos lados con cara de turista, pero cojeaba un poco.

—¡Puchas los zapatos duros!, —dijo de repente sentándose en la vereda.

—Ayer no te dolían... —le dije.

—Ayer no me los había amarrado —y empezó a tratar de desenredar los nudos perpetuos que yo le había hecho. Y cada vez los enredaba más. Hasta que me senté a su lado y traté de ayudarlo. Igual que todos los inventos: sin querer había descubierto el nudo fatal, o sea un nudo definitivo.

—La solución es aguantar el dolor o sacarte los zapatos.

El Chorizo los miró desconsoladamente un rato, luego maldijo mudo y encogió las piernas: «¡Sácamelos!», clamó.



Y empezó el forcejeo. Le sonaban los huesos al Chorizo y se le soltaron los tobillos rotundamente. Me dio miedo quedarme con el zapato con pie. ¿Quién le iba a estancar la sangre después? No forcejeé más. Al Chorizo le corrían las lágrimas.

—Al menos podrías aguantarlos hasta que abran una zapatería —le dije.

En ese momento pasó un maestro carpintero con su cajita de herramientas con serrucho y todo, y le aserruchó los cordones de los zapatos.

Los zapatos cayeron al suelo en dos tirones.

Y nos quedamos un buen rato sobándole los ojillos en los pies al Chorizo y tratando de armarle la cuestión, los tobillos que le sonaban como los cambios de micro Matadero.

Había salido el sol cuando el Chorizo terminó de quejarse y se puso los zapatos. Al poco rato pudo caminar y le bajó la alegría radiante. Dale con conversar y hablar leseras, cuando yo tenía que pensar en conseguirme las cinco lucas para Javier, antes de que fuera de noche. El pan no era problema, y tenía todo lo demás.

—Oye —me decía—, estos zapatos son choros... De esos que duran toda la vida ¿no?

—...

—Deben haberle costado recaros a tu mami ¿no?

—...

—Un tipo con este calzado entra a cualquier parte. ¿Podré entrar a tu colegio?

—...

—Y ni que me los hubieran hecho a molde a mi pie...

—¡Oye!, —lo interrumpí por fin—. Tú no tenís problemas, pero yo sí. Tengo que pensar una cuestión. ¿Podís quedarte callado un rato?

Y se quedó tan callado que yo tenía que mirar todo el tiempo para ver si andaba conmigo. Imposible pensar en ganar cinco lucas con un satélite al lado. Y para colmo llegamos al colegio, la parte donde uno no puede pensar. Más valía ponerle atención a la señorita Silvia y dejar el negocio para último minuto, que es cuando el radar hipodérmicamente chisporrotea. Además tenía que defender las paltas, jamón y queso de los empujones y preguntones...

10

Cuando volví a casa aquella tarde, había un tremendo drama conyugal. En la cocina la Domi lloraba a chorros y empacaba y desempacaba esa famosa maleta que cierra con cordeles. Trataba de decir que se iba; la mamá lloraba de rimmel y de injusticia, la Ji con cara misteriosa se paseaba de la cocina al dormitorio, con las manos atrás.

Ipso flatus me cayó la teja: era el pícnic desaparecido, o sea lo que yo le guardaba a Javier. Fijo que la mamá le reclamó a la Domi y la ofendió y entonces la Domi ofendió a la mamá ¡y vamos llorando las dos en vez de comprar más jamón y paltas y listo! Ese afán de ofenderse que tienen las mujeres...

Lo mejor era hacerlas olvidar por qué lloraban. Así que me fui donde la Domi y le dije:

—Oye, esa maleta no cierra. Tengo un amigo que te le puede poner chapa y bisagras gratis...

Paró de llorar, sacó las cosas y me entregó la maleta.

Fui donde la mamá y le dije:

—Mamá, Ud. no debe llorar por un hijo «típico perdido». Total tiene tres y le quedan dos... —Frenó al seco y se limpió sus lágrimas negras. Es claro que a una mamá le da vergüenza llorar por un jamón perdido cuando tiene un hijo ídem.

Yo había arreglado el asunto lloriqueo, pero ya estaba oscuro y todavía no conseguía las cinco lucas para completar el encargo de Javier. La única forma era hacer un negocio o conseguir un préstamo nocturno, cuando llegara el papá.

Me instalé a hacer tareas en el *living* y también a escribir mi diario. La Ji se paseaba mareadoramente tratando de silbar alguna cosa, en mi estilo de «chiflado de conjuntos». Ella no sabe que yo soplo por mi diente suelto y cuando lo levanto con la lengua suena tipo trompeta, cuando lo doblo hace cascabeles y si lo dejo libre marca un verdadero Jazz.

Con el glucoso chiflido, la esperanza de que llegara el papá, el negocio y las tareas, no podía pensar.

Por suerte existe Dios y yo creo que Él nos pone desesperados para que nos acordemos de Él. Así que recé en mi dentro: «Señor, hazme el milagro que encuentre esas cinco lucas que necesito...», y justo cuando terminé mi rezo, sonó la llave de la puerta y entró el papá.

—¡Hola niños!, —dijo paternalmente. Yo me levanté por si me quería dar un beso y como estaba distraído me besó.

—¿Cayó ese diente?, —me preguntó con alegría churumbélica.

Dije que «no» con la cabeza y se lo asomé con la lengua para tentarlo.

—Deja sacártelo —suplicó, haciendo alicate con los dedos.

Pero yo cerré la boca con violencia. Vi brillar en sus ojos la avaricia de sacármelo, y comprendí que Dios me había oído. Entonces me fui alejando poco a poco.

—Mi diente no me lo saca nadie —dije—. Tendrá que caer solo... —Y silbé por él, asomándolo.

—Papelucho, me enervas. Sé hombre y déjame sacarlo de una vez.

Yo me alejé otro poco, lentamente. No quería alejarme demasiado.

—Hagamos negocio —se acercó él con paso de gato—. ¿Qué tal si te lo compro?

—Eso depende del precio... como todos los negocios —dije retrocediendo. Sus dedos se habían vuelto alicates otra vez y su sonrisa era de dentista.

—Media luca lo paga bien —dijo.

—¿Media?, —clamé furioso—. ¿Cree que por media luca me dejo arrancar un diente? Ni siquiera un pelo...

—Digamos una, entonces.

—Por una, un pelo, sí.

Y así fuimos negociando y negociando hasta que saltaron las lucas del bolsillo y estaban en mi mano; las cinco. Al papá le brillaban hasta las narices de vértigo y justo que iba a meter la mano en mi boca, cuando se me cayó el diente a sus pies.

—¡Gracias!, —corrí hacia la puerta y al abrirla, entró el tío Tomás.

Tal vez por eso no empezó a desnegociarme el diente, pero yo aproveché para dejar mi envoltorio con lucas y todo, bajo el tarro de basura. Me sentía feliz de lo feliz que iba a estar Javier al encontrar la respuesta a su mensaje, cuando vi venir al Chorizo a paso lento.

—Iba pasando no más... —me dijo.

—¿Y dónde duermes esta noche?

—Por ahí... No he pensado en eso...

—Yo te abro mi ventana y entras. Te metes tapadito en la cama y te llevo la comida más rato, callao porque vino el tío Tomás a comer.

Yo comí en la cocina con la Ji. De haber comida, había, pero de la buena, apenitas para el tío. La mamá y el papá dijeron que estaban enfermos y comieron papitas con chuchoca, igual que nosotros. El jamón hecho rulito con sus paltas, pasó directo al tío Tomás... Menos mal que las papas con chuchoca alcanzaron para el Chorizo, aunque roncaba y no despertó jamás cuando llegué con el plato. Dejé el plato en el cajón del velador, para relleno de desayuno, me acomodé y me dormí. Yo sabía que la mamá no vendría esta noche, porque el tío Tomás cuenta unos cuentos largos y picantes que duran hasta el otro día.

Pero pasó lo insolente.

Desperté a media noche con un ruido contrabandiento. Alguien estaba en el cuarto revolviendo y botando cosas estrepitosamente. En el *living* retumbaban las carcajadas del tío Tomás celebrándose sus chistes. Encendí luz pensando que iba a pillar a Javier con sus dichosos mensajes. El velador estaba botado, el cajón afuera, el plato de chuchoca hecho miles de platitos chicos, pero sin chuchoca y saboreándose con su gran lengua, el Nerón me miraba con ojos de culpable.

Le abrí los brazos para tranquilizarlo y se metió en la cama. Se acomodó en el hoyo y el Chorizo y yo tuvimos que darle hueco... El Chorizo ni despertó siquiera. Apagué la luz y entonces me di cuenta que el muy interrumpido del Chorizo no había cerrado la ventana al meterse.

Igual nos dormimos porque hacía hartos calor con el tremendo Nerón ahí en la cama...

11

Tomamos desayuno los tres con el Nerón. Yo sabía que la Domi no iba a despertar porque se había acostado tarde. Siempre que viene a comer el tío Tomás se queda oyendo sus cuentos y le sirve lo menos diez tazas de café, porque son muy amigos. Y claro, todos duermen al otro día hasta la hora de almuerzo. Así que paulatinamente eché los pedacitos de plato al tarro de basura, y pude ver que ya no estaba el paquete de mi hermano *hippie*. Habría venido a buscarlo esa misma noche el muy hambreado...

—Oye, —me dijo el Chorizo en el camino al colegio—, me lustré los zapatos y dormí sin polera pa' no arrugarla. ¿Crees que podré entrar contigo a tu colegio?

—¿Por qué no? Total, entre tantos... —Y nos metimos con el pelotón de cabros que llegaban atrasados. Lo malo fue que el Nerón se coló también, y aunque al principio nadie se fijó en él, en la clase resultó bastante inflamable.

El Chorizo y yo nos sentamos juntos allá atrás, donde me siento siempre y el Nerón se echó a mis pies. La señorita Silvia estaba en plena clase de matemática explicando algo que ni ella entendía. El Nerón aburrido acezaba para no dormirse. De repente a la profe se le ocurrió llamar al Chorizo.

—Tú, que estás junto a Papelucho —clamó—, acércate. Y el Chorizo se acercó. Yo sujeté al Nerón por sus mechas.

—Eres el chico que estuvo siempre enfermo ¿no? Primera vez que vienes. ¿Estás bien ya?

—Sí, señorita —dijo el Chorizo muy serio.

—Naturalmente no habrás aprendido mucho en casa. Pero quiero saber si sabes las cuatro operaciones.

—Las sabía, pero me le olvidaron —dijo muy fresco.

—¿Cuál era tu enfermedad?, —preguntó amable la profe.

—Tampoco me acuerdo —dijo el Chorizo.

Yo paré el dedo y dije:

—La cuestión de la memoria. Tiene magnesita —dijo. Y ahí ladró el Nerón. La señorita alargó el cogote y preguntó:

—¿Quién hizo ese ruido de perro?, —y su voz quedó retumbando como un año, porque nadie contestó.

Ella estaba en esos días en que «todo lo comprende» y sencillamente le dijo al Chorizo:

—Vaya a su puesto, hijo. Y acércate tú, Papelucho.

Esperé que el Chorizo sujetara al Nerón y me acerqué.

—Este chico enfermo es tu amigo —me dijo sonriosa—. ¿Lo ha autorizado el médico para venir a clase? No parece estar bien todavía...

—De estar bien, está bien —contesté con sabiduría—. Lo que pasa es que como si viniera por primera vez al colegio ¿entiende Ud.?

—Comprendo —y comenzó a anotar algo—. Hablaré con sus padres.

—No tiene padres —dijo.

—Igual, con su apoderado. Habrá que prepararlo y darle clases particulares.

—Yo puedo hablar con él de parte suya —me ofrecí.

—Puedes decirle que venga a verme aquí cualquier día. Gracias.

Yo me volví a mi asiento y siguió la clase. El Chorizo tomó uno de mis cuadernos y comenzó a hacer números y cuestiones copiando los míos. Yo estaba recontento pensando que si el colegio recibía al Chorizo como alumno ¿por qué no lo iba a recibir mi mamá como hijo, ahora que había hueco? El Chorizo y yo seríamos un equipo de hermanos como de cuento y cuando fuéramos grandes a lo mejor seríamos jefes de estación de satélites o boleteros de carretera panamericana, que son mis dos vocaciones por ahora. Porque en realidad yo habría querido ser hijo único de astronauta...

Lo que pasó es que el Nerón comenzó a aburrirse. Ya nadie le tiraba las mechas ni lo rascaba... Así que se largó a olfatear rodillas casposas y tamborilear con la cola en otras. Los chiquillos se pusieron movedizos y medio atacados de risa, menos el idiota del Tupamaro que se largó a chillar con estérico hasta que dejó poza. Claro que el Nerón le ladró con violencia, para que se callara... Y ahí se armó la crema.



La señorita Silvia se puso color de sus párpados, se levantó con el palo apuntador, y como un jefe de tribu avanzó con su lanza, bajó de su tarima y con voz de cogotero.

—¿Quién ha traído ese perro?, —blasfemó.

Nerón contestó con ladridos más fuertes que los chillidos del Tupamaro y que la misma profe.

—¡Es una falta de respeto e indisciplina, y lo sacan inmediatamente!

Se había armado el tremendo desorden. Nadie estaba en su puesto y los que no se morían de risa se morían de susto, uno ni sabe si del Nerón o de la señorita Silvia.

Solo ella no le tenía miedo al Nerón.

Avanzó hasta él y trató de acariciarlo, pero el Nerón no se deja hacer la pata. La despreció y se volvió donde el Chorizo muy tranquilo.

—Papelucho —dijo la profe con voz de parlante—. ¡Tú trajiste este perro!

—Este perro es de mi compañero. No se separan nunca —dije.

Ella volvió a su asiento, tragó una pastillita, dejó el palo y junto las manos no sé si para rezar o para sujetarse los puñetes que le temblaban entre las coyunturas.

—Niños —dijo—. Todos a su asiento. El compañero de ustedes no sabría el que el perro se deja en casa. Es primera vez que él viene, después e una larga enfermedad. No volverá a traerlo ahora que puede producir desorden. Continuemos la clase...

Y todo siguió igual, menos la poza del Tupamaro y la cuestión de tener que rascar al Nerón, por turnos, entre el Chorizo y yo. Y el Chorizo en este primer día alcanzó a aprender el «uno» y la «i» y también la «o», aunque bastante chueca, igual que el «cero». Es inteligente.

12

Cuando llegamos a la casa con el Chorizo, la mamá no estaba y la Domi nos dio once a los tres. Nos encerramos en mi cuarto a hacer tareas y el Chorizo a escribir Mejorar – Laca – Desodorante y Odon, que era lo único que se le veía al tubo enrollado de la pasta de dientes. Mi sistema de profesor de mi hermano era así: cada día aprende lo que se encuentra escrito en un cuarto, y hoy le tocó al baño. Mañana será más fácil porque le toca el comedor y no tiene más letras que la A de la botella de aceite y la V de la id, de vinagre, y la RCA de la radio. Pero cuando le toque el velador del papá, va a quedar graduado, creo yo.

Por fin llegó la mamá y saludó al Chorizo con cara de trasplante.

Se tiró en el sofá, sacudió su peinado como para espantar malos espíritus y soltó el llanto como bomba casera. Yo me asusté al principio. Creí que se habría enterrado algún cuchillo al sentarse en el sofá... Luego pensé que en ese caso habría gritado... Así que me di cuenta que la cuestión era que ella le explicara a alguien su pena, y ese alguien era el puro yo.

—¿Por qué llora?, —le pregunté como preguntan todos al llorón.

—No es cosa para explicarle a un niño... —Sollozó mirando al techo. Si no quería mi consuelo, a lo mejor podría servir la Domi. Pero había ido a la farmacia. Así que el traje un vaso de agua y una aspirina. Ella se la tragó, se secó las lágrimas y me sonrió cariñosa al devolverme el vaso. Con la emoción, se me resbaló de las manos... pero no le importó la quebradura, porque el vaso se partió puramente en dos.

—Papelucho —dijo tragándose el cototo—. Vengo del psicólogo...

—Acuérdese de que la cuestión de Javier no es importante, según él.

—Eso dijo la primera vez.

—Dijo que era típico. Eso es reencachao... —La animé.

Volvió a sacudir su peinado.

—No. Han pasado ya demasiados días. Puedo haber perdido a mi hijo...

—Fueron sus palabras y vuelto al llanto en primera— para siempre... —

Hipeó.

Se me vino el asunto de los mensajes de Javier, mi contacto con él y la tentación de decírselo para que no llorara más. Pero si yo no le guardaba el secreto al hermano que por primera vez confiaba en mí, a lo peor yo también lo perdía para siempre. Así que frené de aire. Y me vino la otra idea.

—Total —dije desconsoladamente—, si ha perdido un hijo, aquí tiene otro. Yo le traje el Chori para que la consuele... usted lo adopta de hijo y yo de hermano ¡y listo!

Solo entonces pareció fijarse en él. Lo miró de hipo en hipo, le sonrió y lo tomó de la mano.

—¿Qué dirían sus padres si se lo quito?

—No dirían ni pío. Están fallecidos desde antes que él naciera. Es huérfano total.

La mamá lo abrazó entonces.

—Un hijo no se reemplaza —dijo con erupción—, ni los padres tampoco. ¿No es cierto, Chori?

—Eso no lo sabe él que nunca los tuvo. Usted es muy anticuada. Si los maridos se reemplazan, ¿por qué no los hijos?

—El que lo ha educado lo extrañaría mucho —dijo cambiando el tema.

Si supiera que nadie ha educado al Chorizo... Pero no era bueno explicarle tanta cosa. Aproveché que se había ido de trasplante otra vez y le pregunté con voz áspera:

—¿Puede dormir aquí unos días mientras aparece Javier? Total estamos en la misma clase en el colegio...

—Sí, por supuesto —sonrió levantándose y acariciando al Chorizo—. La casa de Papelucho es tu casa, Chori lindo. —Se ve que ya le había hecho efecto la aspirina y partió a su cuarto con paso firme.

Pero el Chorizo se había quedado estítico.

—¿Qué te pasa?, —le pregunté—. ¿Te cae mal tener casa?

Meneó su chasca y no me contestó. Tenía una cuestión rara como de que sí y de que no en la boca. Parecían pucheros, de esos de niño chico. Y algo le picaba en los ojos. Por fin, pujando para hablar, dijo:

—Es la primera vez que me dicen Chori-lindo... —Y tuvo que sonarse a puro dedo.

—Son frases —le expliqué—. A mí no me dicen nunca, ni falta que me hace. Tenís que acostumbrarte a esta casa y a esta gente. Hay muchas cosas a la antigua y sin asunto. La cuestión de lavarse, de no comer a dedo y tonteras por el estilo. Total es refácil darles gusto.

Cuesta hacer entender a la gente lo que uno mismo no entiende. Entramos a mi cuarto. Ahí estaba el Nerón, muy echado en mi cama, esperándonos.

—Oye —le dije al Chori—, dormí remal anoche con el Nerón. La cuestión de las pulgas... ¿Te importaría dormir tú solo con él en la cama de Javier? La comida y el desayuno se lo damos aquí, claro...

—Quiero preguntarte una cosa —me dijo el Chori—. La Domi sabe todo el asunto de mi ropa y que uso la tuya...

—La Domi también sabe guardar secretos —le dije—. Y yo sé guardar los de ella.

El Chorizo se puso a silbar y escribió otra página más de «Laca». Pero cada vez hacía peor las letras. Por fin le dio por inventar palabras y me hacía leérselas. Algunas resultaban cochinas, así que le prohibí.

—Si mañana en el colegio escribes esto, te echan para siempre.

—Acuérdate de que soy el niño enfermo. Tienen que tener paciencia conmigo —rio.

—Y la señorita Silvia va a querer hablar con tu apoderado... —Me acordé.

—¡Puchas!, —clamó—, y mi apoderado es tu papi y ni siquiera lo conozco.

—Como no tenías memoria, es pura cuestión que se te olvide darle el recado de la señorita Silvia —le dije.

—Pero no, tú te ofreciste para hablarle.

Tenía razón. Otro problema. ¿Cómo puede uno estudiar con tanta pega?

Pero la vida es buena. Cuando lo friega a uno, lo consuela. Al cerrar mi ventana, encontré de tranca un chicle sin uso envuelto en un papelito que decía:

—¡Gracias hermano choro!

Menos mal que Javier me estaba agradecido. Uno se siente astronáutico de ver que lo choriflee un hermano mayor que antes lo despreciaba...

13

Resulta que era domingo y ahora un domingo con hermano nuevo, es tremendo problema.

A la mamá se le ocurrió aparecer en mi cuarto tempranito, y nos pilló jugando con el Chori y chacoteando al Nerón. Y le cayó remal.

—No me habías dicho nada del perro —creció con cara seria—. Yo encantada de que tengas amigo, pero este perro inmenso no cabe en esta casa.

—Mamá, lo que pasa es que Ud. no tiene corazón... Este perro no es tan inmenso y además el Chori es su mami, su papi, toda su familia. No puede echarlo a la calle a morir de pena y de hambre...

—Habla con tu papá —dijo muy tiesa y salió del cuarto. Yo sabía que ella iba a convencer al papá y resultaría inútil hablar con él. Lo mejor era llevarse al Nerón a su motel y convidarlo alguna vez a jugar. Si no, iba a salir el Chori de la casa con perro y todo.

Así que nos vestimos y lo fuimos a dejar a su palacete donde su dueño lo estima y lo alimenta.

Poco antes de llegar, nos pusimos sospechosos; no fuera a haber guardianes y señores de Investigaciones vigilando la zona... Y nos quedamos cateando desde lejos, esperando que no se divisara nadie en la calle. Dale con pasar autos; dale con salir cocineras a barrer la vereda o a dejar tarro de basura, dale con salir niñitos a andar en bicicleta. Hasta que por fin quedó desierta la inmensa y potente reja con su calle pelada.

Corrimos con el Chorizo y Nerón hasta la puerta. Pero estaba cerrada con candado. El motel del Nerón había desaparecido... ¿Cómo entrarlo? Dimos la vuelta por toda la manzana con su gigante reja con espadas doradas. Otras puertas cerradas como castillo encantado de bruja maquiavélica. Tocar el timbre habría sido meterse a un horno en llamas... Tampoco íbamos a volvernos dejándolo abandonado. Y había que pensar rápido antes que comenzar otra vez la cuestión peatones.

—¿Si tocáramos el timbre y arrancamos?, —propuse.

—El Nerón correría detrás de nosotros —dijo el Chori y se quedó pensativo. Y antes de un minuto se le vino la idea:

—Amarrémoslo con el cinturón a la reja y tocamos. Ahí lo recogen.

Es lo bueno del Chori. Es inteligente, mucho más que yo, y un hermano-amigo-inteligente es lo más choriflai que puede haber.

Mi cinturón apenas le sirvió al Nerón como collar, pero con el del Chori pasado como correa, quedó amarrado a la reja para siempre.

Me subí al lomo del Chori y toqué el timbre con pertinencia. Y al soltarlo, arrancamos peor que cápsula...

Por allá en una esquina frenamos acesando y nos quedamos al aguarite de lo que iba a pasar... Veíamos al Nerón con cara de paciencia, esperando. Miraba hacia la reja y nos miraba a nosotros. No ladraba ni movía la cola. Quién sabe qué pensamientos tristes teletipeaba su mente. Y la puerta no se abría... Seguro que los porteros esperaban otro nuevo llamado. Han de ser de esos gordotes que piensan que los que tocan un timbre son chiquillos bromistas. Había que tocar de nuevo. Pero esperamos un poco más...

Justo cuando íbamos a pegar la carrera para tocar de nuevo, se abrió la majestuosa. El Nerón pegó un brinco, cortó los cinturones y se sumergió en el jardín de palacio. Lo último que vimos fue su cola aleteando como bandera al viento.

Paulatinamente recogimos los cinturones cortados que volvieron a sujetar nuestros pantalones y pensando en el recibimiento de hijo pródigo que le darían al Nerón, nos consolamos de no verlo nunca más.

Había empanadas para el almuerzo y el Chori se comió tres, se ve que tiene un hambre de antepasado, porque no le quedaba huevo para hablar. La mamá y el papá lo miraban y suspiraban. Creo que pensaban en el hambre de Javier, porque les brillaban los ojos casi con lágrimas. La Ji se ha puesto chinchosa con esto del hermano nuevo y voy a tener que educarla porque cada día se pone más lolita.

Hasta aquí todo iba resultando igual que cualquier domingo y nadie tenía ni la mayor idea de lo que iba a pasar al poco rato...



Justo cuando íbamos a salir a encumbrar volantines en la esquina, sonó el timbre y de un solo brinco entró el Nerón en persona con la chancleta vieja del Chori en su boca. Saltó sobre nosotros y nosotros sobre él y rodamos por el suelo en un enredo de patas, brazos, cola, orejas y hocico y harta felicidad. Pero como cuando uno está muy fregado hay siempre una sorpresa rica, así cuando uno es demasiado feliz resulta vici-versa.

A los dos minutos, se nos había congelado la risa. Las orejas se nos pararon a los tres, porque en la puerta de calle, quitando el sol, había dos

tremendos cuerpos de detectives.

Ipso flatus, el Chorizo dio un salto del pescado; no sé si por arriba, por abajo o por entremedio salió disparado y atravesó a los detectives. Y claro, los dos se descargaron sobre mí. El Nerón comenzó a ladrar furioso. Eran ladridos de cueva supersónica y remecían la casa...

Apareció la Domi con cara de estropajo.

Medio dormido de la siesta llegó el papá a pie pelado.

—¿Qué pasa con el maldito perro? ¿No te dije que lo echaras de aquí?

Iba a seguir discursando, pero se frenó en seco al ver a los detec.

—Señor, vamos a llevarnos al perro y... al niño —dijo uno poniéndole una especie de jaula en la cabeza al pobre Nerón. El otro me paró el pulso con su manota de hierro y se me helaron los dedos.

—Más despacio... —dijo el papá—. ¿Con qué derecho entran ustedes en mi casa? No voy a permitir que secuestren a mi otro hijo...

El papá parecía un Tarzán venido a menos y de la policía lo rastreaban con sus ojos de la cabeza a los pies. El papá separó las piernas para verse más ancho. Uno de ellos enseñó una placa y el otro sacó un papel de su bolsillo.

—Tenemos orden de la 9.º —dijo—. Se trata del robo de la calle Piña. Este perro es el guardián de ahí y había desaparecido. Él nos trajo hasta aquí. Es la única pista que tenemos. Y nuestra obligación es cumplir órdenes superiores.

—No sé nada del perro —dijo el papá—. Amaneció aquí esta mañana y el niño le dio comida. No es motivo para llevarlo preso.

—Ud. puede venir con nosotros a la comisaría y explicar eso allá.

Era uno de esos gallos secos que manden lo que manden, hasta el papá obedece.

—Voy con ustedes —trató el papá de imitar el tono—. Pero tendrán que esperar a que me vista.

Sin soltarme la mano, entraron y llenaron el sofá. El papá fue a vestirse y entretanto llegó la Domi con dos copitas de tinto y algunos chicharrones. La conversa con ella hizo alegrarse a los detectives y sus risotadas remecían los vidrios. El pobre Nerón se saboreaba los chicharrones que se comían ellos. En eso llegó la Ji y se le sentó en la falda al más gordote. Yo trataba de adivinar si el Chori seguiría corriendo por la Panamericana o Pudahuel y estaba decidido a ser mudo para siempre.

—Oye —le dijo la Ji al caballero de la placa—, ¿por qué viniste de visita tan temprano?

—Mi visita es trabajo y para eso no hay horas —contestó, cerrándole un ojo a la Domi.

—¿Y te pagan por puro hacer visitas?, —la Ji le había tomado su cara gorda entre sus dos manos y lo obligaba a mirarla—. ¿Te gustaría casarte conmigo cuando yo sea grande? Yo te acompañaría a hacer visitas... —Y le sonrió chinchosa. La Domi fue a buscar un encebollado y empezaron a comerlo entre todos. Puramente el Nerón y yo, bien callados, nos relamíamos de envidia.

Por fin llegó el papá. Traía una cara rara, y sin decir palabras salimos a la calle los cinco. Afuera esperaba un furgón blanco y negro. En todas las puertas de calle habían grupos de mirones copuchando. Y partimos; atrás iba el Nerón con el más flaco de los amigos de la Domi. La Ji desde la puerta nos tiraba besos con la mano y se retorció chinchosa al igual que la Domi...

14

Es la noche y estoy desvelado. ¿Cómo voy a dormir si mi otro hermano, el nuevo, el inteligente, el Chorizo anda perdido? ¿Cómo voy a dormir si el Nerón está secuestrado en una comisaría y no le dan de comer para que busque la pista? ¿Cómo puedo apagar la luz si tengo dos hermanos perdidos?

Resulta que en la comisaría habló el puro papá y contestó todas las preguntas. Como no sabía nada, contestó todo mal. En todo caso nos soltaron, menos al pobre Nerón que quedó como rehén. Es algo así como echarlo de prenda. Y lo van a soltar cuando aparezca el ladrón y todas las cuestiones robadas. Porque parece que el robo fue algo estilográfico, o sea de millones y millones y todas esas cosas que le gusta tener a la gente: televisores, máquinas de toso servicio, monedas de oro, cantimploras, telescopio, teletipo, telemundo y qué se yo. Cosas de millonario. Y el único rastro que tenían los pobres detectives era el zapato sin suelo del Chorizo, y la única esperanza era que apareciera el Nerón, para encontrarlo... Ellos creen que el Chorizo hizo de loro y es compadre con los asaltantes.

Y por eso yo ni puedo dormir pensando que persiguen a mi hermano nuevo y quién sabe dónde tendrá que esconderse, porque el Nerón lo va a ubicar donde sea. Es lo malo del amor. El perro quiere tanto a su amigo que lo va a llevar a la ruina, o sea a la cárcel...

Yo pienso que el Chorizo se habrá enterrado vivo para despistar. Pienso que para no morirse de hambre se chupará el dedo día y noche. Pienso que justo cuando se estaba acostumbrando a tener casa, familia y todo, tiene que arrancar de ellos e irse solo a la montaña. Pienso que se pondrá viejo en algún monte y le crecerá barba y pelo hasta en las manos y será una especie de brujo solitario comiendo puras raíces y jugando con pumas...

Esta mañana desperté sentado mordiendo mi diario y como asiento el lápiz que es bastante duro.

Era tarde así que salté y me calé la ropa y partí a todo galope al colegio sin tomar desayuno. Solo en la esquina del peral me vine a acordar de mi pena

y preocupación del Chori.

Tragué hartó aire, frené, puse primera y entré con paso firme a mi clase. Todavía había bulla y se estaban sentando todos; la señorita Silvia no había entrado todavía. Me senté... y solo entonces me di cuenta de que ahí, al lado mío, estaba el Chori muy tranquilo escribiendo «Laca-Laca» en su cuaderno. Yo quedé paralelo. ¿Cómo podía ser tan despistado?

—Oye —me dijo como la boca cerrada—, vine a ver qué pasó, y para no perder clase...

—Es que te andan buscando... Tenís que esconderte o si no te llevan preso. ¡Eres la única pista!

—¡Claro! Del colegio a mi escondite. No me van a buscar aquí... y no pienso perder una sola clase...

—¡No seas descriteriao! El Nerón llevó a los detectives a mi caso por el puro olor de tu zapato...

—No le van a dar bola al Nerón si quiere traerlos aquí. No le creen.

En eso entró la señorita Silvia y saludó con especial cariño pituco al Chori. Lo llamó, le palmoteó la cabeza y le entregó una hoja con tareas también especiales.

—¿Qué hago con esto?, —me preguntó él sin mover los labios.

—Copia —le dije—, total tú no tienes por qué acordarte de nada si no tenís memoria...

El Chori copió todas las hojas que le dio la señorita Silvia y ni sé cómo, en la tarde, me leyó lo copiado. Y también en el libro... ¡Es un genio! ¡Aprender a escribir y a leer en apenas dos días!

A la salida, en lugar de arrancar a su famoso escondite, se vino conmigo a casa.

—Si ya fueron a buscarme a tu casa no van a pensar que soy tan imbécil como para volver a ella...

—Pero al papá le dijeron que tú habías hecho de «loro» y entonces el papá...

—Yo no había pensado volver como «hijo» de tu papá. Como hermano tuyo secreto, o sea de noche. Y para seguir aprendiendo en el colegio...

—Okey —le dije pensaroso—. No se me va a olvidar dejar la ventana abierta. ¿Dónde dormiste anoche?

—En la comisaría, con el Nerón. Lo tenían en un rincón, algo como garaje chico, para perros cogoteros. Si me tenía a su lado, no iba a salir a rastrear. Era lo más seguro... —Sacó de su bolsillo un papel grande doblado muchas

veces y me lo dio. Yo lo abrí. Decía: «Gratificación». «Se gratificará con mil millones a la persona que informe sobre el robo en la calle Piña».

—Pienso ganarme esos millones —me dijo—, pero en ese momento divisó a un señor de uniforme y se perdió corriendo por la esquina...

15

Mientras el Chori se dedica a ubicar los cogotos del palacio de la calle Piña, yo me preocupo de que mi hermano *hippie* coma bien. El pobre gallo vive de la limosna de su propia familia y del buen corazón de su hermano menor. Porque todos los días, le armo un paquetito con comida y fruta y lo dejo bajo el tarro de basura. A veces le pongo una carta diciéndole que vuelva, que la mamá está neurocirugiática de esperarlo, que el papá ni llega a la casa por no consolarla, y que yo creo que le están echando la culpa a la pobre Domi de lo que yo expropio para él. O sea, le toco todas las cuerdas vocales. Pero ni contesta...



Total, que uno por muy buen hermano que sea, decide que hay un punto final.

Así que me dediqué a esperarlo anoche, y aguaitar por la ventana a que apareciera para decirle:

«Tú eres un subconsciente, un subdesarrollado, un subhippie y no tienes derecho a que se culpe a otros de tu secuestro. Eres mi hermano mayor y me das remal ejemplo. O vuelves, o te mueres de hambre porque la pobre Domi va a ir a dar a la cárcel por tu culpa...».

Tenía muchas cosas más que decirle, pero lo que pasó es que cuando empezó a aclarar, yo desperté automáticamente en la ventana al oír que rodaba el tarro de basura, y resulta que era un perro completamente verdejo el que se robaba el paquete. Y en la esquina lo esperaban tres perros más y él repartía, claro que con algunos gruñidos y mordiscos de todos los perros, lo que yo había elegido con tanto cuidado para mi hermano *hippie*.

La pelea era bien tremenda, pero total los cuatro perros se conseguían algo...

Con razón nadie contestaba mis cartas.

Me metí a la cama reamargado y me dormí otra vez, aunque asomaba el sol en los tejados.

Al poco rato —eso me pareció a mí—, desperté con un remezón del catre, y algo que me apretaba la nariz.

Era el Chorizo, que saltó por la ventana, y había venido a verme a la vuelta del colegio. Ya era casi de noche. Total, me había perdido un día completo, igual que se pierde a veces cuando uno viaja en avión.

—Vine a ver si estabai muerto —dijo—, y mirándote un buen rato lo creí... Te remecí el catre como una hora y por fin te apreté la nariz para estar bien seguro...

—¿Qué hora es?, —yo venía llegando de un mundo chirimpoya.

—Casi la noche. ¿Este es tu té?, —dijo el Chori mostrando mi taza de desayuno.

Lo tomamos en medias, frío, con natas y todo. Los dos teníamos hambre. Me vestí de un run y me asomé al pasillo. No había nadie en casa y me acordé que le tocaba salir a la Domi. El campo estaba libre y podíamos aprovechar con el Chori para hacer cualquier cosa.

—¿Cómo te ha ido en lo de los millones?, —le pregunté.

—Tengo interesada a la banda. Si ellos descubren quién es el asaltante, yo les doy la mitad.

—¿Y si ellos llevan los datos sin contarte a ti?

—No los llevan. No van a exponer su pellejo...

—¿Y tú vai a exponer el tuyo?

—Ellos creen que yo hice de «loro» y al loro lo tratarán bien. ¿Y cómo te ha ido a ti con tu hermano perdido?

Le conté lo de los perros...

—Tengo que pensar cómo buscarlo. Total su mensaje es bastante fiambre y en tantos días puede estar en algún hospital.

Empezamos a hacernos sándwichs de huevo, de cebolla, de lechuga, etc.

—Yo tengo una idea —le dije al Chori—. Creo que el único modo de hacer volver al Javier es poner un aviso que se murió la mamá.

—¿Crees que la odia?, —preguntó.

—Todo lo contrario. Le daría una pena atroz y volvería.

—¿Y si no lee los diarios?

Me quedé pensaroso. El Chori tenía razón: Javier no lee el diario.

—Podríamos contratar un carro fúnebre. Si lo ve en la puerta, al menos le va a dar curiosidad quién es el fallecido...

Ipsa flatus buscamos en el guía de teléfonos. Y marcamos el número.

—Funeraria Siempreviva, buenas tardes —dijo una voz de ofensores.

—Buenas tardes —contesté apretándome la nariz para parecer llorón.

—Servicio Funeral a sus órdenes —repitió la voz—. ¿Desea Ud. un servicio hospitalario o a domicilio?

—A domicilio —contesté.

—Tenemos servicios de tres tipos: Extra, dos carros, cuatro automóviles, velones de plata, cortinajes, seis coronas, marcha fúnebre y seis deudos o familiares lloros hasta el cementerio. ¿Desea saber el precio?

—No importa el precio...

—Hay también el funeral de 1.º con un solo carro, dos coronas y volones de bronce. Urna metálica. Luego el de 2.º con iguales decorados y urna de madera seca. Damos facilidades para el pago...

—Quiero el Extra —dije, pensando que al papá no le gusta que lo miren como agarrado.

—Medidas de la urna, por favor...

—No tengo medidas —dije.

—No, naturalmente... Puede decirnos si se trata de señor o señora, alto más o menos, digamos ¿es tipo estándar?

—Tipo estándar —repetí.

—Perfecto. Hora en que desea el servicio y dirección...

—A las cinco de la mañana —dije, por si Javier venía a buscar su ración de nuevo.

—¿A esa hora?, —dijo con voz como sorprendida—. ¿Es un caso ford-tuito?

—Completamente ford-tuito —contesté.

—Habría que agregar un 20 % adicional...

—Naturalmente —contesté. Y di la dirección y el teléfono.

Al poco rato sonó el ídem y la misma voz preguntó:

—¿Es ahí donde se ha pedido un servicio fúnebre?

—Sí. Ahí.

—Perfecto. A las cinco de la mañana tendrá usted la atención e Siempreviva. Buenas tardes. —Y cortó, justo cuando llegaba la mamá con la Ji, el papá, la Domi y la psicóloga. Porque resulta que el psicólogo era psicóloga.

Es lo bueno de la gente-visita. Los papás se ponen simpáticos y no se fijan en leseras, así que al Chorizo lo recibieron del uno.

—Tú alojas aquí esta noche, Chorito —le dijo el papá—. Nos habías hecho falta... —Y a mí me cayó regio para la cuestión de la funeraria en la

mañana, por si se confundían un poco a su llegada.

Aunque la Domi se demoró bastante en servir la comida, resultó de esas compradas pero choras: el pollito frío, la piña de tarro. Se ve que la psicóloga es importante en esta casa.

Nos acostamos acabandito de comer para despertar a tiempo y recibir los candelabros, cortinajes, coronas, marcha fúnebre, cuatro automóviles, deudos y familiares llorosos hasta el cementerio, a las cinco de la mañana.

16

Resulta que se armó la crema.

Estábamos en lo mejor durmiendo, el Chori y yo, cada uno en su cama, con la ventana abierta para sentir llegar el furgón, autos y demases cuando de repente sintió el Chori un asalto en su propia cama. Se despertó aturdido, y corrió donde mí. Creía que estaba en la jungla y lo asaltaba una pantera. Pero era puramente el Nerón.

Cuando nos dimos cuenta nos bajó verdaderamente tilimbre de ataque de risa-gusto, hasta que comprendimos que detrás del Nerón venían los detectives. Y nos pusimos tiesos de raros.

Había que estar listos para la defensa. Había que pensar muchas cosas y tener decidido lo que íbamos a contestar a las preguntas...

—Tú no te metes —dijo el Chori, que es muy hombre—. Yo contesto que voy a dar contacto, pero que deben darme tiempo...

Tocó la coincidencia que en el mismo momento de llegar estos caballeros, llegó también la funeraria, o sea el cortejo y servicio. Eran las cinco en punto de la mañana.

Me asomé por la ventana y vi un señor con el dedo pegado al timbre. Nosotros lo habíamos desconectado en la noche para que nadie se confundiera con la llegada del funeral. Así que aunque el señor tocaba y tocaba, todos seguían durmiendo. Menos nosotros.

En la puerta misma había un furgón negro con las puertas abiertas y se asomaban de dentro unas cuestiones inmensas y de plata pura. Un cajón macanudo contra incendios y bombas, muy impermeable, de madera de radio-tocadiscos estaba a medio sacar y venía enredado con unas tremendas coronas moradas de flores de cardos insecables. Los caballeros que se ocupaban del asunto tenían una levita negra, sombrero ídem y guantes también ídem. Daban respeto-cototo y como lágrimas y demases con carne un poco granuja y cuestiones tristes...

—Oye —le dije al Chorizo—. Si viene el Javier y ve esto, aquí mismo se queda... Lo que friega todo eres tú con el Nerón y los detectives...

El Chori se quedó pensativo. Es de esos tipos que no le gusta ser molesto.

—No hay problema —dijo—. Salto por la ventana con el Nerón, me siguen, me toman y la cancha despejada...

—Yo te llevo desayuno al colegio —alcancé a gritarle, porque antes de decir despejada, ya iba llegando a la esquina con el Nerón detrás.

Se oyó la sirena de los patrulleros que engancharon primera para alcanzar al «loro» y su satélite. Yo quedé paralelo, pensando cómo irían a tratar en la comisaría a mi hermano genio y solo me consolé cuando me acordé de que él estaba trabajando para ganarse millones y tenía sus socios.

Iba a cerrar la ventana cuando volví a ver a los caballeros negros. Todavía estaba uno con el dedo pegado al timbre y otros dos ya habían sacado el cajón-urna y esperaban... No iba a dejar que se fueran y perder el anzuelo con que conseguiría la vuelta a casa de Javier. Tampoco iba a permitir que el papá se entrometiera en mi negocio.

Así que me puse la polera y fui en puntillas a abrir. Ya me había dado cuenta que este era el Primer Cuerpo del Servicio, porque no estaba el carro, ni los taxis ni los deudos que lloran. Tendría tiempo para cancelarlo en el momento del entierro.

—Servicio Funeral Siempre viva a sus órdenes. Sentida condolencia —dijo el gallo del dedo en el timbre.

—Qué agradece —le contesté con cara triste.

—¿Dónde colocamos el féretro?, —preguntó mientras otros dos señores entraban el radio-cajón esperando mis órdenes.

—Pueden dejarlo aquí —dije mostrando el pasillo de entrada. Miraron a su jefe y obedecieron. El aparato llenó la entrada y había que saltar por encima para pasar.

—¿Los velones?, —preguntaron.

—Encima —contesté. No había más solución. Y colgando de ellos las coronas. Era un efecto choro, un poco confundido y en caso de incendio, nadie podría arrancar. Pero así son las cosas.



A todo esto me di cuenta de que el furgón negro iba a partir después de dejar ahí su mercadería y el anzuelo para Javier iba a resultar inservible. ¿Cómo sujetar a estos gallos? Me estaban pasando unos papeles para que yo firmara.

Pensé, y les dije:

—Van a tener que esperar que despierte mi papá. ¿O les vale mi firma?

—De ningún modo. Esperaremos. No tardará en venir, ¿verdad?

—Ojalá tarde —le contesté desconsoladamente—. Necesita dormir...

¿Qué iba a decir yo si apareciera el papá y se encontraba tapiado por el Primer Cuerpo del Servicio Funeral? Ni siquiera podría ir a su oficina...

Y mientras tanto el *hippie* ni aparecía. Por suerte no se podía cerrar la puerta de calle y estaba de par en par abierta, como esas iglesias de matrimonio. Vi que pasaba gente por la calle. Todos miraban con harta compasión. Ya debía ser un poco tarde, porque vino el diarero y me pasó el diario en vez de tirarlo. Y ahí venía el lechero... Y por la vereda de enfrente ese atleta jubilado que trota apenas sale el sol...

Empecé a confundirme. ¿Y si no aparecía el Javier? ¿Qué iba a hacer yo con todos esos aparatos y...? Entonces no más se me ocurrió la lujurienta rosca que iba a armarse en mi casa.

Sentí que me ponía pálido. Tenía que desmayarme definitivamente o hacer algo.

—¡Dios mío, ayúdame!, —clamé en mi dentror—. ¡Dame una idea y obedeceré tu orden!

La idea me traspasó el cerebro y volé a cumplirla.

—Domi —le dije en su oído dormido—. Levántate y sálvame.

Su cara colorada asomó entre las ropas y salió de ellas totalmente vestida.

—¿Qué está pasando?, —preguntó estirando su pollera—. ¿Incendio o asalto?

Le expliqué. Su nariz tembló de suspenso. La Domi sabe que cuando le piden a ella que resuelva un problema, lo resuelve. Y tiene ideas de todo servicio.

—Hay que sacar de ahí esa urna —dijo como profeta en el desierto. Hay que llevar al muerto a velar a una iglesia antes de que despierte el patrón. Hay que hacer desaparecer el muerto en el camino y también hay que aprovechar que no se vayan todavía de la puerta de calle... Sírvete desayuno, niño, yo arreglo esto...— y salió de la cocina.

Se me quebró la taza y se me quemó el pan, pero tomé desayuno y me sentí mejor.

La Domi no volvía.

El reloj de la cocina movía sus punteros con esos brincos nerviosos de los relojes cocineros. Y ya marcaba las siete. Su despertador inflamable empezó a sonar furiondo. Yo le apreté el botón, porque habría despertado a toda la casa.

Abrí la puerta de la cocina y aguaité. No había nada y nadie en el pasillo...

17

Es noche, y solo ahora tengo tiempo de escribir en mi diario.

Han pasado tantas cosas... que ni sé cómo empezar. Haré como esa radio que da las cosas por hora:

8:00 de la mañana. Llegué al colegio después de aburrirme de esperar a Javier o a la Domi que nunca jamás volvieron.

8:05 de la ídem. Entré a mi clase y me encontré con el Chori muy sentado haciendo sus tareas.

—¿No te pillaron?, —le pregunté.

—Sí, y me preguntaron qué pasaba en tu casa. Contesté: hay funeral, y me dejaron libre hasta después del entierro. Pero se llevaron al Nerón. ¿Qué pasó con Javier?

8:07 de la ídem. La señorita Silvia nos pasó lista, revisó las tareas y felicitó al Chori.

8:15 Apareció el Nerón en la clase y se armó la crema porque le dio por oler a cada uno. Al Florindo le vino un estérico y se trepó en la cabeza de la señorita Silvia. El Chorizo tuvo que llevarse al Nerón y ninguno volvió.

9 a. m. Se suspende la clase porque la señorita Silvia quedó con la cabeza torcida por culpa del Florindo.

9:05 Nos dan recreo mientras viene alguien de reemplazo.

9:10 Veo entre los barrotes de la reja la tremenda cabeza peluda de Javier. Como no tiene cintillo, parece un león del circo.

9:11 Corro a hablar con él. «Hola», me dice y «hola» le contesto.

—Veo que estás vivo y sin luto. ¿Quién era el muerto?, —pregunta. Yo sé que cuando no conviene contestar, es bueno preguntar:

—¿Te importa saber?, —le digo—. ¿Cuándo vuelves a casa? ¿Estás bien? ¿Mandas algún recado?

—Ninguno. Tú no me has visto... Pero cuento contigo y necesito otras cinco lucas. Las espero mañana aquí mismo —y antes de que yo le contestara se trepó sobre andando en una micro que pasaba.

9:15 Pienso que no voy a ayudar más a este hermano *hippie*. Pienso que no tiene corazón.

9:16 Pienso que si yo no lo ayudo se morirá de hambre.

9:18 Suena el pito llamando otra vez a clase. La señorita Silvia con la cabeza torcida y mirando para un solo lado, ordena hacer tareas. Tiene hipo y una bufanda en el cogote.

9:22 Me llaman a la oficina.

9:25 Voy caminando a mi casa con doña Petri, una vecina, y la Ji. El papá me mandó a buscar con ellas.

En el camino a la casa, la Ji y la señora esa me explican que la Domi está muerta y encajonada en el *living*, que la mamá está completamente desenchufada, que el papá me mandó a buscar para que explique. Yo, me pongo a rezar para un terremoto, de esos que nadie se acuerda de lo que pasó antes y tampoco le importa...

10:05 Ahí está el velorio, el cajón, los cortinajes, las coronas. Dentro del cajón duerme la Domi como una muñeca en su caja. Antes de explicar nada, yo la despierto y la dejo hablar a ella. El papá se agarra la cabeza y se pasea, la mamá habla en coro con la Domi. Nadie entiende nada de lo que explica la muerta que por fin decide llorar y llorar y se va a la cocina clamando que de todo la culpan a ella.

11:06 El papá y la mamá se vuelven contra mí. Me baja la rabia contra la injusticia y entonces digo la verdad. Le tendí un anzuelo al *hippie*. El *hippie* respondió apareciendo y pidiéndome 5 lucas. ¡Nadie me cree!

Él: —¿Dónde lo viste?

Yo: —No puedo decirlo. Prometí.

Él: —¿Cómo quieres que te crea, entonces?

Me paseo con las orejas ardiendo. La mamá se acerca amistosa.

Ella: —¿Cómo estaba Javier? ¿Estaba bien?

Yo: —Bien.

Él: —Tú le juraste no decir donde lo viste. Júrame que es verdad.

Yo: —No pienso jurar más.

Él: —Esta bromita del servicio funerario va a costar buenos pesos. Además he perdido la mañana... y hemos hecho el ridículo.

Yo: —Yo creía que verdaderamente les interesaba que apareciera el *hippie*. Ha aparecido y arman todo este boche...

12 a. m. Se llevan el servicio. El papá hace un cheque. La Domi para de llorar. La mamá me lleva a almorzar a un restaurante, me hace 738 preguntas gaseosas y me da las 5 lucas para el muy tarao de mi hermano.

18

La mamá me dio tres billetes de 5 para Javier. Yo lo encuentro rotundamente injusto que le den el triple de lo que pide por fregar como desaparecido, y a mí que, no doy ni congoja, apenas me pasan una mesadita alguna vez...

Con su famosa cabeza peluda asomada entre las rejas del colegio ya no hay ninguna esperanza de una aventura para encontrarlo y menos ir al Tololo a estudiar de astronauta.

Toda la mañana se me anduvieron paseando las otras lucas a mi otro bolsillo para hacerme justicia. Total él me había pedido 5. ¿Por qué iba a darle más? Y la cuestión de que yo tomaría lo ajeno, o sea robo, y la confianza de la mamá en mí de entregarme quince cuando eran puros cinco los que pedía el *hippie*. Eso de que la mamá de uno ni piense en que uno tiene ideas de justicia, de abuso, de que ella puede ser un poco descriteriá, y dale y dale. Los cinco aquí, los diez otra vez a juntarse con los otros cinco todo el tiempo en la clase. Dos cosas me obligaban a juntar los billetes: la cuestión de ser ladrón y eso que la mamá confiaba en mí.

Apenas salí a recreo, divisé al Javier caminando frente a la reja con su pinta de capo churumbélico. Ni miraba al colegio, como si no le importara lo que estaba esperando... Eso tiene Javier: ¡es sacapica!

Yo me acerqué a la reja y esperé a que él me hablara. Y por fin llegó él con su famoso «¡hola!».

—Hola —le contesté, haciéndome el tontito de lo que él esperaba.

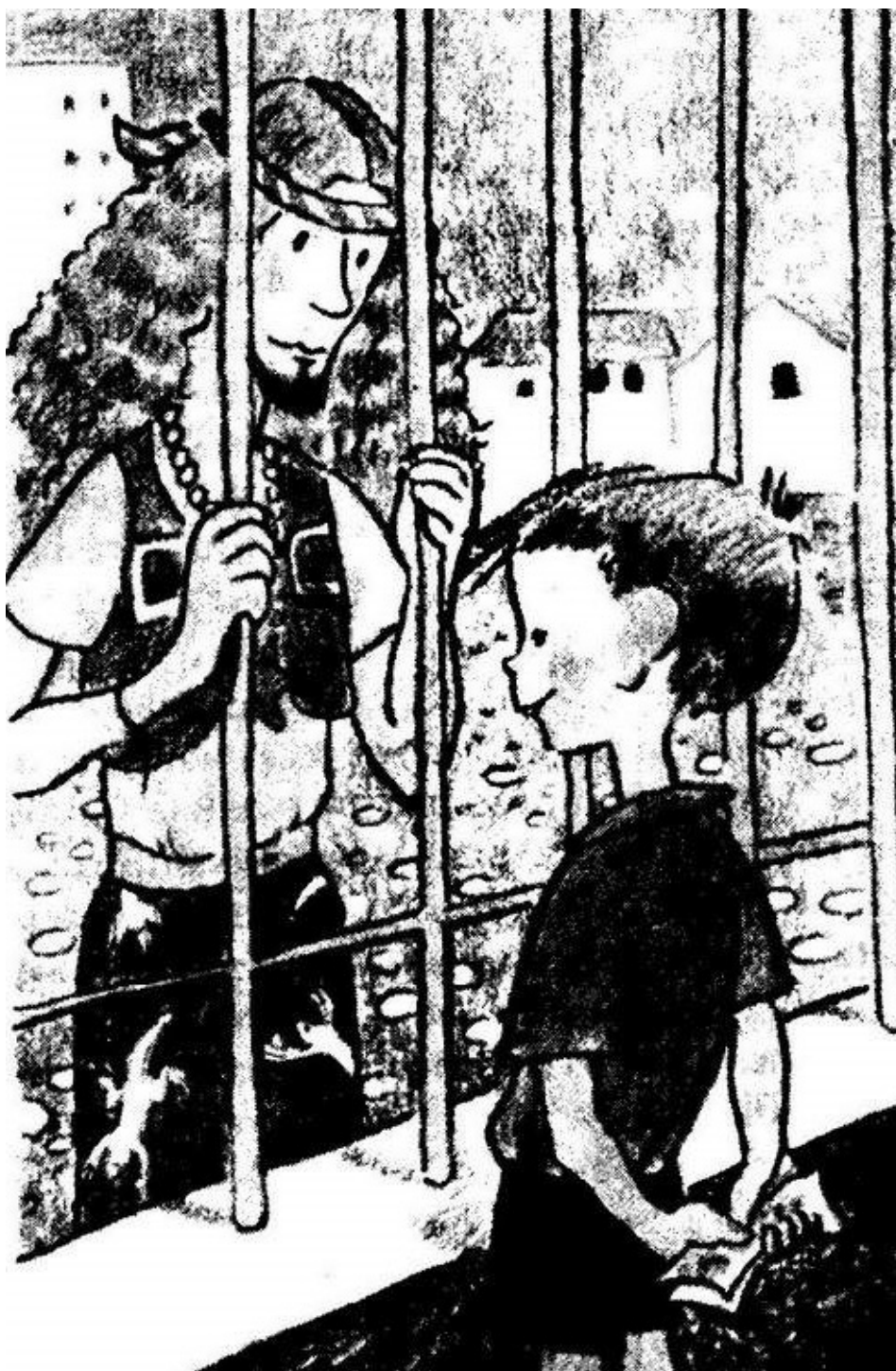
—¿Me trajiste el encargo?

—¿Qué encargo? Yo encontré un mensaje tuyo que decía: No me busquen. No me encuentren. Yo vivo mi verdad. ¿Cuál es tu verdad?

—La que estoy viviendo ahora... ¡Libre de amarras!

—Debe ser choriflai... Pero ¿por qué vienes a verme al colegio?

—Te hice un encargo, Papelucho —se puso serio el Javier.



—Tú estás libre de amarras, no puedes querer nada que te amarre...

—Tengo que comer. Por desgracia el mundo no se arregla todavía sin chinches, y mientras así sea...

—Entonces no estás libre de amarras como dices.

—A mi manera, sí.

—Tu manera es pidiéndome que te consiga plata. ¿Y si no la consigo?

—Me muero de hambre...

—Pero en libertad —le dije.

—No quiero morirme joven. Tengo una misión en el mundo...

—¿Qué misión?

—Oye, no vine a conversar, ¿trajiste mi encargo sí o no?

Me estaba retumbando dentro la cuestión de su misión y el arreglo del mundo. A lo mejor el Javier era un verdadero capo y yo ni lo sabía.

—Lo traje —dije echando la mano al bolsillo. Había un solo billete. ¿En qué momento pasé los otros al otro bolsillo?

—¿Cómo te los consigues?, —preguntó brillando sus ojos turnios.

—Refácil: los pido para ti.

—¡Imbécil! Te dije que me guardaras el secreto jurado.

—Y lo guardo. Nadie sabe dónde nos encontramos... Y aquí van otros de propina, quienzá son para que no aparezcas —y le entregué los otros con pica, por sus insultos. Más se le alumbró la cara. Iba a partir cuando yo lo atacué:

—¿No mandas ningún recado?

—Dile a la mamá que apenas arregle el mundo, volveré ¡y ella va a estar orgullosa de mí! ¡Chao y gracias!

Javier siempre se pone simpático cuando consigue plata, pero la cuestión de que él va a arreglar el mundo está muy equivocado. Porque el que lo va a arreglar soy yo. Y no dejándome crecer el pelo ni las uñas sino que haciendo feliz a toda la gente, a los perros, ratones, caballos y demases. Y sé que no es tan fácil, pero siento que me va a resultar. En todo caso voy a pensarlo mañana, porque ahora tengo mucho que contar.

El Chorizo me convenció de que teníamos que ir a la reunión con la banda. Estábamos citados en la cueva a las 6 en punto.

En la cueva nos esperaba el Soto con el Chirigota, el Pitico y el Sietes Patas que es nuevo y otros cinco que no importaban mucho. Nos sentamos en las piedras y el Soto clamó con eco:

—¡Se abre la sesión!, —y pasó lista. Éramos once contando el Cero, capitán otra vez.

—El Uno propone un negocio: ganar los millones por ubicar a los del robo de la calle Piña... —Sacó el papel del Chorizo y lo mostró.

—Claro la plata, es plata —dijo el Chirigota—. Pero arriesgamos el pellejo y la libertad...

—¡Viva la libertad!, —gritó el Siete Patas y alguien lo acalló de un puñete.

—¿Por qué arriesgamos el pellejo?, —pregunté yo.

—Porque esos gallos se vengarán del que cante...

—¿Por qué la libertad?, —pregunté otra vez.

—Porque quedamos fichados como «contacto» y para cada robo tendremos que ir a declarar.

—Pero si no sabemos los nombres... —alegué.

—¿Crees que por no saberlos van a pagarnos millones? ¡Idiota!

—Total ¿qué cuesta inventar cuatro nombres?, —y me llegó un tapaboca.

Volaron y sonaron moquetes y puñetes por un rato y por fin nos volvimos a sentar en las piedras que ahora eran más duras y picudas. Pero nadie hablaba, sino que puramente acezaban. El Soto y yo teníamos sangre de narices y nos mirábamos para ver quién tenía más. El Chorizo pidió la palabra.

—¡Yo propongo que nos repartamos la culpa y las ganancias! O sea que sortieamos: cinco salen elegidos «culpables» y cinco hacemos «contacto». Los culpables se esconden para siempre y los «contacto» cobran y ayudan a buscarlos...

—¿Y si los encuentran? ¿Y si no aparecen las cosas?, —preguntó el Chirigota.

—Podemos ir donde un adivino para saber dónde están —propuse yo.

—Cuando cobremos la gratificación se reparte por igual entre culpables y contactos —terminó el Chorizo.

—Hagamos una votación —dijo el Soto y todos votaron que sí. Entonces dijo:

—¡Sortieamos!

En una hoja de mi cuaderno me hicieron escribir los once nombres, bastante separados. Soto dobló la hoja y fue cortando con su cuchillo los once papelitos. Los dobló con cuidado, todos iguales y los echó en un tarro que había en el suelo.

—El primer nombre que salga será un «culpable» —dijo el Soto—. El segundo un «contacto». El tercero un «culpable», el cuarto «contacto», y así todos. ¡Formen fila!, —ordenó—. ¡Cada uno saca un papel y muestra el nombre! Los «contactos» se ponen a mi derecha y los «culpables» a la izquierda.

Soto sacó un papel y lo leyó.

—Siete Patas, ¡culpable!, —dijo y el Siete Patas se colocó a su izquierda.

—Soto —leyó el Chirigota—, contacto —y el Soto se colocó a la derecha del Siete Patas.

—El pitico, culpable —dije yo y el pitico fue a ponerse a la fila.

—Papelucho, contacto —leyó otro. Y así fueron acabándose los papeles y nombres, pero lo malo es que había una sola fila, entera de contactos y

ninguno culpable. El Soto se ennegreció de rabia y chilló:

—¡Un paso adelante los culpables!, —y nadie se movió.

—¡Un paso los «contactos»!, —y como un batallón dieron un paso todos.

—¿Qué pasa?, —preguntó el Soto—. ¿Nadie tiene palabra? ¿Nadie cumple? ¡No se aceptan cobardes en la Banda de Avance!, —y todavía no había dicho lo que dijo, cuando se le echaron encima todos los «culpables» y unos pocos «contactos». Total era un montón de patas y puñetes, manos con mechas enredadas, zapatos que volaban, tamborileo sin compás y respiraciones sudorosas con escupos de dientes. ¡La crema!

Hasta que el Chorizo se hizo el aturdido o mejor dicho el muerto y se dejó que algotros le pasaran por encima. Eso no más sirvió para que se desarmara el enredo que había en el suelo. Se levantaron y asustados empezaron a echarle aire al Chori. Yo le oí el corazón, o mejor no lo oí. Estaba paralizado.

—¡Lo mataron!, —chilló el Siete Patas que tiene voz de sirena policial y ahí echaron a correr todos los de la banda, menos el Soto y yo.

—Les falta disciplina —dijo la voz del Chori enderezándose.

—¿No se te había parado el corazón?, —le pregunté asustado. El Chorizo sonrió escupiendo un diente, y se sacó de bajo la polera, un libro mío.

—Siempre definiendo mi corazón —me dijo devolviéndomelo—. ¡Total, no tengo más que uno!, —y se fue con nosotros caminando.

El negocio de la gratificación se había cloteado.

19

Esta mañana amaneció domingo y sin programa. Llovía, y para colmo la mamá se puso rotundamente antigua y decidió que el Chorizo y yo teníamos que aburrirnos encerrados por tener romadizo. Pero yo me la tengo jurada de no aburrirme jamás, ni siquiera cuando otros me aburran, así que ni el Chori me convencía. Porque a él le gustaba estar enfermo, por ser la primera vez en su vida, y le gustaba toser y sonarse, pero yo me paseaba pensando en mi hermano *hippie* que andaría en la lluvia feliz mojado.

Traté de no tener envidia de él pero dale con llover y llover y la Domi cantando sus leseras de amor y de protesta, hasta que por suerte empezó a gotear el techo y la gotita apurándose y apurándose, cada vez más ligero, hasta que ¡cataplún! Se vino abajo un buen pedazo del techo con su tremenda chorrera. Agua, barro, terrones y entre medio un ratón fallecido...

El Chori fue a buscar una olla para juntar el agua y demases que caían, pero con la olla llegó la Domi y empezó a gritar:

—¡Esto es el fin del mundo! ¡La casa se viene abajo! ¡Es el diluvio de Josafat!, —chillaba.

—Alguna teja corrida en el tejado —dijo el Chori que es medio adivino—. ¿Hay escala? Yo la arreglo...

La Domi paró su llanto, trajo una escala y los dos con el Chorizo trepamos al tejado a pata pelada. No se podía ni abrir los ojos con la lluvia. Si al menos las pestañas se movieran como limpia parabrisas... Así que al puro tanteo fuimos gateando arriba hasta llegar a la teja que no estaba. Por su hoyito se veía mojadamente el *living* con su regio charco y el ratón muerto flotando majestuoso. La Domi se había puesto un diario en la cabeza y acarraba más ollas y más ollas que se llenaban de agua.

Aunque hablábamos a grito pelado, el ruido de la lluvia me hizo entenderle mal al Chorizo, y con mucho cuidado saqué otra teja para tapar el hoyo. Entonces vino lo insolente.

Al principio creí que era un trueno tempestuoso, luego un rodado maldito... Una cascada de tejas me bombardeaba apasionadamente como feroz enemigo. Apenas atiné a montarme en un palo del tejado y ver caer el derrumbe lujurioso y sonoro... ¡Me había salvado! Si no me enredo en ese palo, me aplasta y me revienta el iracundo derrumbe.



—¡Imbécil! No te muevas... —me gritó el Chori desde el cogollo del tejado, y bajó por los palos sin teja hasta llegar donde mí. Era un peladero de puros palos algo así como una escala para gigantes. Pero logramos aterrizar. Los dos estábamos hechos la sopa de empapados, pero lo peor era la Domi en el *living* creyéndose bombero y acarreando los muebles de un lado a otro para salvarlos del agua. Porque ahora sí que caía diluvio en todas partes...

El Chori ni se confundió siquiera, sino que paulatinamente fue a sacar la cortina plástica del baño, trepó otra vez al tejado y la puso de mantel donde faltaban las tejas.

Al poco rato dejó de gotear el techo y el único fenómeno era que se transparentaba el cielo por el inmenso hoyo nuevo. Al ratón muerto le dimos cristiana sepultura en el tarro basurero y con la Domi nos dedicamos a trapear y disimular el desastre.

Estábamos en lo mejor, cuando sonó el timbre. Nos quedamos paralelos... No podía ser el papá ni la mamá porque tenían una reunión-almuerzo lejano. Podría ser Investigaciones con su eterna cuestión de los asaltantes y con el Nerón a cuestas. Aguitamos... No se veía nadie. El timbre volvió a sonar.

—Yo abro —dijo la Domi con voz de capitán. Y se lanzó a la puerta secándose las manos en su gorda cintura. Los dos con el Chori nos sonamos rápidamente con los traperos y esperamos.

—¡Bendito sea Dios!, —se oyó la voz de la Domi—. ¡El desaparecido!, —chilló en falsete—. No será su ánima que pena...

Los dos con el Chori corrimos. Ahí estaba el hermano *hippie* en persona, chorreando agua hasta por las orejas y envuelto en diarios ídem. Su regío pelo largo parecía un montón de colas de ratón, su barba un enredo de alambres lleno de gotitas brillantes, su nariz una piedra con su vertiente propia y sus inmensos pies dos balsas flotando en su propia salsa acuosa.

—Algo me decía que iba a llegar mi rey —trasmitía la Domi—, por algo le estaba haciendo sopaipillas. A la cama al tiritito, y una limonada caliente mientras le hago ese bistec a lo pobre que le gusta.

Sin dejarnos ni saludarlo, le iba sacando los trapos y papeles mojados, secándolo con toallas, echándole colonia y estirando la cama para que se acostara «su rey».

—Así que tú eres el Javier —dijo el Chori pensativo—. Menos mal que por ti vamos a comer sopaipillas.

Lo de las sopaipillas me quitó la vergüenza que le tenía al Javier *hippie* venido a menos; esa cuestión como lástima o pena ajena.

—Menos mal que volviste —le dije—, el Chori y yo empezábamos a aburrirnos.

—Yo también me aburría —confeso metiéndose en la cama y subiéndose la ropa hasta la nariz—. Y tampoco vale la pena morir de hambre en este mundo corrompido.

—Pero tú ibas a arreglarlo —alegué cambiándome la ropa mojada—. Cuéntanos tus aventuras y eso de vivir tu verdad.

—Eres muy chico para explicarte —dijo desprecioso.

—¿Tu verdad es tu barba y tu pelo largo? Si a lo menos me hubieras dejado encontrarte yo...

—¿Ves que no entiendes nada? Estaba dando una lección a mis padres burgueses y atrasados.

—Pero eso no es arreglar el mundo. Es apenas querer arreglar el tuyo, o sea que te dejen parecer *hippie* y te dejen no hacer nada...

—¡Idiota! ¿Qué sabes tú de los problemas del mundo?

—Sé que hay gente con hambre y tengo la solución. Si plantaran hartos árboles, tantos árboles frutales que todos pudieran comer y comer fruta a toda hora y alcanzara para todos se acabaría el problema.

En ese momento llegó la Domi con sus violentas sopaipillas calientes.

—¡Si hubiera un árbol que diera sopaipillas!, —suspiró el Chorizo chorreando jugos bucales.

Esa noche, con el *hippie* ocupando toda su cama, tuve que hacerle huevo otra vez al Chori que ni deja dormir. Antiguamente no me importaba desvelarme: tenía en qué pensar. El famoso plan para encontrar al hermano desaparecido. Ahora él me estropeaba el pensamiento ese... Y entonces me acordé de lo que clamó el Chorizo: «Si hubiera un árbol que diera sopaipillas». ¿Por qué no inventarlo yo, hoy que se inventan tantas cosas?

Y comencé a inventarlo...

20

Justo que me iba a venir la gran idea del injerto para producir sopaipillas frutales en el álamo que no da ninguna fruta, cuando el Chorizo me botó de la cama de una feroz patada. Lo miré de hipo en hipo y lo vi levantarse con los ojos abiertos, sin pestañear, brazos adelante, pasos arrastrados, camino del cuarto de Javier.

De un salto me levanté del suelo y lo seguí. En su mano brillaba algo... Abrió la puerta y entró, todo a oscuras. Entonces encendí luz y alcancé a divisar que llevaba su cuchillo en la mano. Comprendí que era sonámbulo... ¿Iría a asesinar a Javier? ¡Chitas el problema! Porque si uno despierta a un sonámbulo quizá lo mata. Y decidí seguirlo secretamente para atajar el crimen, si era esa su intención.

El Chori se detuvo ante la cama. La luz de mi cuarto iluminaba un poco a Javier y su inmensa melena negreando entre las sábanas...

El Chorizo se iba acercando poco a poco blandiendo su cuchillo y su otra mano acariciaba la barba inflamatoria de mi hermano *hippie*. Me acerqué paulatino. Los dedos del sonámbulo gozaban enredándose en los pelos chascones... y el cuchillo brillaba en la semioscuridad.

Ahora el cuchillo se acercaba a la rotunda cabeza del hermano que no supo arreglar el mundo y pasaba muy cerca de su cogote peludo. ¿Lo iría a cogotear? Tenía que decidir entre la muerte de uno u otro, era mi problema.

Pero movió tan suavemente la hoja refulgente y antes de que yo estuviera a su lado levantó triunfante un mechón de barba que derramó sobre la cama como si fueran flores. Así que seguí observando...

Con una elegancia de bailarín cursi siguió su tarea de ir afeitando la barba del dormido. Yo empecé a reírme de felicidad de que no lo matara y así dejarlos vivos a los dos. El Chorizo continuaba su empresa cortando la rotunda melena del Javier y la cama iba quedando sembrada de pelos duros, chascones y tremendos de largos. El *hippie* resoplaba dormido sin sentirlo...

Volvía a ser el Javier de antes, un cualquiera que no producía ni vergüenza ni una gota de pena. Dormía muy tranquilo y hasta se daba vuelta para facilitarle la tarea al valiente Chorizo.

Por dormido y sonámbulo que fuera mi hermano nuevo resultaba un Barbero de Sevilla, o sea una vocación perfecta.

Al terminar su tarea se volvió tan tranquilo hacia mi cuarto y se metió en la cama, guardando su cuchillo en la cintura como siempre.

Fue tan grande el alivio de saber vivos a mis dos hermanos, que me dormí feliz y decidí que el mundo siguiera tal cualito: hay tantas manos gordas que pueden hacer sopaipillas sin obligar a los álamos a producirlas de fruto.

Lo malo fue que Javier tosió toda la noche, ahogado con sus pelos. Eso no habría importado mucho, pero a cada tosido llegaba la mamá y nos tapaba a los dos con el Chorizo y nos echaba ropa y más ropa. Por último, cuando se le acabó el ropero, le dio con los cojines y el Chori y yo no solo nos asfixiábamos sino que se nos reventaba el cuerpo con el peso.

Al fin amaneció el día y no podíamos salirnos de la cama para ir al colegio porque era peor que estar enterrado en el San Cristóbal. La Domi tuvo que hacer una tremenda fuerza botando cojines, choapinos y demases para librarnos. Cuando por fin lo logró ya no era hora...

Así que nos levantamos con el Chorizo y fuimos a darle la gran noticia a la mamá; que el *hippie* había vuelto. Con eso nos libraríamos de ir a clase. Lógico, habría celebración.

La mamá saltó sin bata de su sueño, el papá aturdido se puso la chaqueta y corrimos en fila al cuarto de Javier. Iba a ser tan churumbélica la sorpresa del hijo pródigo *hippie*.

Y llegamos a su cuarto, la Domi y la Ji en la fila...

Despacito, sin ruido para no despertarlo, suavemente abrió la mamá la crujiente puerta y entramos en puntillas. La cama era una especie de potrero de pasto negro y el bulto inmenso del cuerpo de Javier yacía folklórico como genial racimo del pasto amontonado.

¿Cómo podía haberle crecido otra vez pelo y barba a Javier en pocas horas de la noche?

La mamá se acercó radiante de ternura invernal; el papá se empinaba detrás de ella lleno de comprensión industrial. La Ji y la Domi refulgían de amor intruso y el Chorizo y yo nos saboreábamos esperando la alegría y la fiesta.

Un gruñido estratosférico detuvo la fila en cola. Luego un brinco de sábanas, un volar de los pelos, y un gigante violento nos saltó encima.

Retrocedimos todos asustados... ¡El inflamable Javier se había convertido en fiera extraña! Solo al sentir en mi cara lengüetazos babosos y calientes comprendí que no era él sino el Nerón. ¿En qué momento se había ido uno y lo reemplazaba el otro?

La mamá cayó desmayada sobre la cama peluda y el papá se volvió contra nosotros maldiciosamente desarrollado. Su furia era más grande que el Aconcagua.



—¡Mentiroso!, —rugió—. ¡Hacer burla de lo que siente un padre...! ¡Criminales! Mira a tu madre muerta...

Lo peor es que parecía tener razón que lo habíamos engañado. De Javier no quedaba más que el pelo y podría haber sido del Nerón o de una almohada de crin reventada.

El Chori y el Nerón salieron del cuarto y entonces la mamá resucitó y se le antojó ir al baño, y al abrir la puerta, lanzó el grito feroz.

Todos creímos que esta vez se moría de veras, o al menos habría visto al diablo en persona, y corrimos...

Ahí estaba la mamá, abrazada al propio Javier que se había afeitado sus cachetes hundidos y afirmaba su inmensa manzana de Adán en la cabeza de su madre. El papá se sintió pésimo y como no podía llorar, porque es hombre, se largó a estornudar y a estornudar hasta que le bajó romadizo. Lo malo es que no había ensayado antes lo que haría con Javier si algún día apareciera. Así que puramente le dio la mano, le palmoteó la espalda y no le dijo ni pío.

El desayuno que preparó la Domi era como pícnic de millonarios, con pasteles desconocidos, como ser corbatitas rellenas con mermelada y cabello de ángel con leche condensada y huevos duros con miel de palma. Yo probé solamente y preferí comerme las sopaipillas que quedaban. Por suerte llegó el Nerón y limpió todas las fuentes con su lengua gigante.

El famoso recibimiento del pródigo *hippie* era hacer como que nunca se desapareció y hablar de cualquier cosa menos del asunto ese. Hasta la felicidad de su vuelta no se notaba y a mí me empezó a dar lástima de mí que había buscado al *hippie* en todo el mundo.

—¿Qué hacen aquí y no se van al colegio?, —preguntó el papá al Chori y a mí.

—Al menos nos darás vacaciones por hoy... —dije mostrando a Javier.

—No veo la razón —dijo el papá—. Es día de trabajo, como todos.

Ahí metió la pata, el pobre. Si hubiera visto la cara que puso Javier cuando nombró la palabra trabajo. Voy a tener que ir a hablar con la psicóloga para que le haga entender que si no quiere ver desaparecer otra vez al hijo *hippie*, tiene que suprimir de su idioma algunas palabras como esa.



Marcela Paz —pseudónimo de la escritora Ester Huneeus Salas— fue una mujer excepcional, capaz de construir una prosa fresca y natural.

Educada en su casa por profesores particulares quienes le enseñaron, además de las asignaturas habituales, los idiomas inglés, francés y alemán, comenzó a escribir desde muy joven en revistas y periódicos. Usó diferentes pseudónimos, entre los cuales se quedó definitivamente con Marcela Paz; Marcela, por ser admiradora de la escritora francesa Marcelle Auclair, y Paz porque —según ella misma decía— necesitaba ese don.

Cuando, antes de casarse, su novio, José Luis Claro, le regaló una agenda, Ester decidió escribir en ella el diario de vida de un niño. Y fue así como nació su hijo más célebre: Papelucho, de quien puede decirse, sin duda, que es ya un clásico de la literatura infantil chilena.

Creadora además de una singular galería de personajes como los Pecosos, el Soldadito Rojo, la Colorina, Sebastián, Catita y Perico, entre otros, fue también la fundadora del IBBY (International Board of Books for Young People) en Chile.

Con un amplio reconocimiento tanto en el país como en el extranjero, entre los varios premios y distinciones que recibió a lo largo de su vida, obtuvo dos muy importantes: el diploma de mérito que la incluyó en la lista de honor

«Hans Christian Andersen» concedido por el Congreso Internacional del IBBY reunido en Suiza en el año 1968 —y que fue otorgado por primera vez a un autor latinoamericano— y el Premio Nacional de Literatura 1982, que coronó su infatigable desempeño en el mundo de las letras.